

# La Ilustración Artística

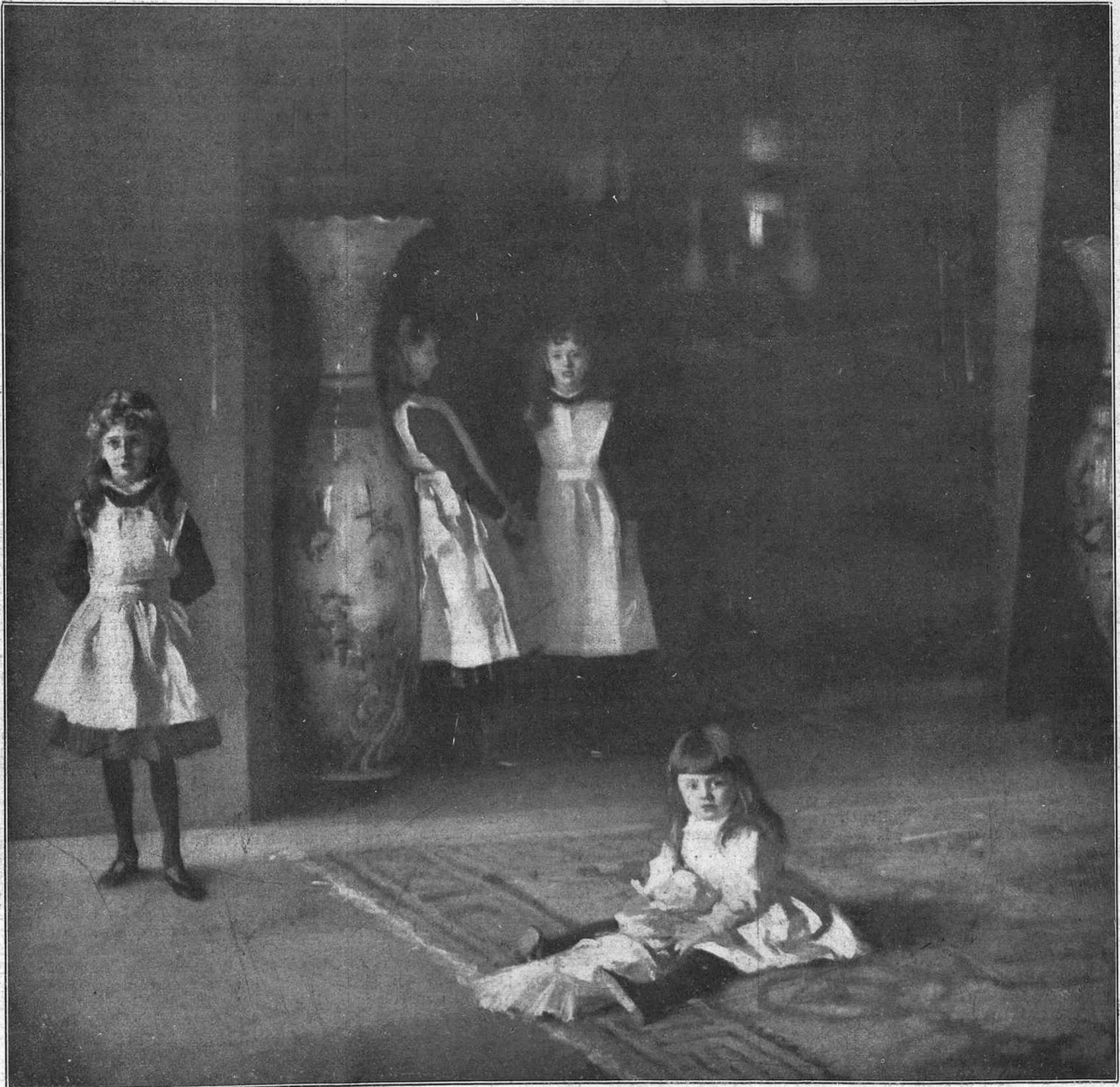
Año XXVIII

BARCELONA 20 DE DICIEMBRE DE 1909

Núm. 1.460

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



RETRATOS DE LOS HIJOS DE Mr. E. D. BOIT, pintados por Juan S. Sargent

## ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el quinto y último tomo de la presente serie, que es

## LA EMPERATRIZ EUGENIA

apuntes tomados de su vida íntima según las memorias, correspondencias, relaciones y documentos más autorizados, por J. B. Enseñat.

Edición ilustrada con reproducciones de cuadros, estampas y grabados de la época.

## SUMARIO

**Texto.**—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La ofrenda*, por B. Argente. — *Actualidades barcelonesas*. María Farnetti. — *Torneo de ajedrez*. — *Wanda Landowska*. — *Agustín Querol*. — *La princesa Valdemar de Dinamarca*. — *La niña domadora Olga Jeanet*. — *Monumento á Waldeck-Rousseau*. — *Ramón L. Falcón*. — *Espectáculos*. — *El deber cumplido*, por E. Corrales y Sánchez. — *El «Base-Ball»*. — *El aviador A. Fernández*. — *Un monumento á Santos Dumont*. **Grabados.**—*Retratos de los hijos de Mr. E. D. Boit*, pintado por Juan S. Sargent. — Dibujos de Mas y Fondevila que ilustran los artículos *La ofrenda* y *El deber cumplido*. — *Cabeza de estudio*, dibujo de P. Stachiewicz. — *El turno de noche*. *Salida de la fábrica*, dibujo de J. Berga y Boada. — *Erupción volcánica del Teide*. — *Barcelona. Torneo de ajedrez*. — *M. Farnetti*. — *Wanda Landowska*. — *A. Querol*. — *La Tradición*, obra de A. Querol. — *Flores de otoño*, cuadro de Gyula Basch. — *Santiago. Vistas de algunas salas de la Exposición*. — *La princesa Valdemar*. — *Olga Jeanet*. — *Monumento á Waldeck-Rousseau*. — *El coronel D. R. L. Falcón*. — *«El Base-Ball»*. — *El aviador español A. Fernández*. — *Un monumento á Santos Dumont*. — *La Escultura*. *La Pintura*. *La Arquitectura*, de C. Palao.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En una de estas crónicas, recientemente, hablé de Anatolio France, con motivo de haberse mezclado el famoso escritor francés en lo que ni le va, ni le viene, ni entiendo, ni le importa (en realidad, y dada su condición de *ironista*) tres caracoles. Entonces agoté las fórmulas de la consideración y de la cortesía, porque así debe hacerse cuando nos dirigimos á alguien manifestándole opiniones que no engranan con las suyas, pero no queremos que el disentiendo se revista de un tinte de ataque y disputa impertinente. Y he aquí que lo deploro, porque si entonces sospechase yo que el autor de *La isla de los Pingüinos* iba á borrarse de una Sociedad científica porque esta Sociedad, á su requerimiento, no expulsa al rey Alfonso XIII..., vamos, no me tomo la molestia de ponerme guantes, ni de saludar al adversario. Quien incurre en tales extravagancias es irresponsable, pero la irresponsabilidad mental no da derecho sino á compasión; los respetos que al intelectual se tributan son de otra naturaleza.

Y lo peor es que aquí no podemos aplicar la teoría de Lombroso, sobre el estrecho consorcio del genio y la locura; porque yo, según decía entonces, jamás tuve por genio á Anatole France. Por desequilibrado tampoco, hasta la fecha. Y es probable que no lo sea, que esté en su juicio y que se trate de una *pose*, achaque tan francés; de un hacer del loco y del furioso, parecido al de don Quijote en la Sierra, cuando, por imitar á Amadís, se queda en paños menores y da zapatetas en el aire. Estos que parecen lunáticos, cuando no les ven, se acuestan temprano, porque no les haga daño la luna.

Siempre había yo deseado saber, si tal punto pudiese averiguarse, en qué lugar del planeta habían situado, primero Wolfrango de Eschenbach y luego Wágnner, el castillo de Monsalvat, donde se alza el místico templo del santo Grial. Y juraría que era en España; y acudía á mi mente el nombre de Uclés, donde los Templarios españoles se defendieron tan bravamente; porque la leyenda del Grial está unida estrechamente á la historia de la destruida Orden. También, en un pueblecito de Portugal, Thomar, donde se conservan el convento y la iglesia de los caballeros de Cristo y existe el santuario redondo, de extrañísima oriental arquitectura, me pareció que resonaban los temas de Parsifal, sin que en todo ello existiese más que un relampagueo de la imaginación, empeñada en desgarrar las tinieblas del pasado.

Leo la historia del Santo Grial, y me admiro de los errores que el más consultado de los Diccionarios Enciclopédicos, el Larousse, cometió al referirla. Como que confunde el Grial, vaso donde José de Arimatea recogió la sangre del divino costado, con el *Sacro Catino*, que no es copa, sino plato, y que nada contiene ni contuvo nunca, siendo la base de su celebridad el suponerse que había servido al Señor en la Santa Cena y el afirmarse que estaba tallado en una inmensa esmeralda. Ignoro si es cierto lo primero, pero lo segundo es falso, como suele suceder en todas estas leyendas de esmeraldas enormes, empezando por las célebres de Cortés. Que sirviese

ó no en la Cena, es asunto al cual no quita ni pone el hecho, señalado por Larousse, de que el plato pertenecía á la antigüedad pagana. Claro es que á ella había de pertenecer, porque es la época en que Cristo vivió. Y esto no es aventurarse á defender la autenticidad del *Sacro Catino*.

Volviendo al Grial, su leyenda se enlaza con la personalidad fantástica de un rey Perilo que pudo ser Perion de Gaula, no menos imaginario, y evoca el nombre de aquel Cristián de Troyes, autor de *Perseval* ó el *Cuento del Grial*, que sacó de un libro anglonormando y que dió origen á tantas imitaciones y continuaciones. Poco á poco el Grial, símbolo sublime, empieza á atraer á la humanidad con el señuelo del misterio, del ideal caballeresco y religioso. Era el talismán por excelencia, pero lo era sólo para los puros, los que estuviesen en gracia y fuesen caballeros en todos sus actos y en el ilustre origen de su estirpe. Porque el Grial es aristocrático, y sus *templistas* no se reclutan sino entre los hazañosos y bien nacidos. Ni mancha de villanía, ni mancha tampoco de pecado: el apasionado Lanzarote no triunfa en la demanda del Grial, y su conquista está reservada á Perceval ó Parsifal, de conciencia clara como el diamante.

La idea del Grial se quintaesencia en Wolfrango de Eschenbach, el gran *minnesinger*, vencedor en el torneo de la Warburga. Su poema imprime á la antigua leyenda armoricana todo el sentido profundísimo, de amor y redención, de elevación de los escogidos por cima de la vil muchedumbre, entregada al instinto y á los apetitos, indigna, no ya de tocar, pero ni aun de ver el precioso vaso. Quien no sea cristiano, no lo ve; y para verlo bien, es necesario tener el alma transparente como el cristal, y además ennoblecida por el heroísmo. Por eso los caballeros, á quienes la contemplación del vaso presta eterna juventud, fuerza sobrenatural en los combates, tienen el deber de impedir que ojos profanos se posen en la reliquia, y velan con cuidado exquisito para que nadie se acerque. Este es el objeto de la orden de los Templistas, que defiende el castillo de Monsalvat.

Y Monsalvat..., ¿dónde se encuentra? He aquí que un distinguido hispanófilo, Havelock Ellis, emite la idea de que Monsalvat no es sino Monserrate.

Al noticiárnoslo—la nueva me parece interesante para Cataluña—Havelock Ellis hace notar, como indicio confirmatorio, que no lejos de Monserrate, en la catedral de Valencia, se conserva un cáliz, tallado en sardónica, que pertenece á la época del Imperio Romano, y se cree haber sido el cáliz de la Santa Cena.

Sobre este cáliz, he aquí lo que dice Teodoro Llorente, en su obra *Valencia*:

«Allá por los siglos XIII y XIV, había en el monasterio celeberrimo de San Juan de la Peña un precioso cáliz, que era, según la tradición, el de la Cena del Señor. Ansió poseer prenda tan venerable el piadoso rey D. Martín, y después de muchas instancias logró que se lo cedieran los monjes. Llevólo en 1339 á su palacio zaragozano de la Aljafería, y allí estuvo, hasta que habiendo guardado D. Alfonso V los restos de San Luis de Tolosa en el del Real de Valencia, parecióle bien reunir otras reliquias de la Corona, y mandó trasladar al mismo alcázar el Santo Cáliz y algunas más. Teniendo que partir de Valencia, depositólas en la sacristía de la catedral, y como depósito las conservó el cabildo hasta que el mismo monarca, desde Italia, le hizo donación de ellas.» Y añade Llorente: «Hasta aquí, lo histórico.» Lo tradicional es como sigue: el Santo Cáliz fué llevado á Roma, desde Jerusalén, por los discípulos; San Lorenzo, el mártir aragonés, amenazado de tener que entregar al César los tesoros de la Iglesia, lo envió á Huesca, su patria; los cristianos de Huesca lo ocultaron, para salvarlo de los árabes, en la cueva del famoso monasterio; lo demás, ya es sabido.

Ni la tradición ni la historia parecen inverosímiles; en cuanto al cáliz, que siento impulsos de llamar el Grial., lo he tenido en las manos, lo he examinado despacio, y debo decir que me parece posterior á la época que se le atribuye; quizás del primer período bizantino. Es un suntuoso cáliz de cornalina, incrustado de perlas, rubíes claros y esmeraldas. El pie y las asas son de oro cincelado. Lo encuentro además sobrado espléndido para la humilde y sublime Cena.

Y la imaginación lo deplora, porque ¡qué hermoso sería poseer el Grial y Monsalvat, el Cáliz de la Cena y la montaña «en tierra desconocida.» donde Amfortas sufrió la herida sagrada que sólo se cura con la divina Sangre!

Habla Havelock Hellis. «Cuando verificamos nuestra ascensión más allá del santuario y de Monserrat, hasta la enorme breña por donde dicen que se rajó la montaña á la hora de la crucifixión, y pasamos por la fantástica hilera de riscos que han recibido el nombre de *custodios del Santo Grial*, hemos visto la

relación que enlaza al Monserrat verdadero con el fantástico Monsalvat. Había que conformarse con que tan sublime símbolo haya sido llevado á un lugar invisible, y que el Santo Grial tenga su único inmortal santuario en la imaginación de los hombres.»

Si es cierto que las antiquísimas tradiciones referentes al Grial, á sus caballeros (acaso los Templarios, los que se ceñían los lomos con faja de blanco lino en señal de pureza), se han de buscar en España, y en Monserrate..., será una belleza añadida á tantas como ofrece al viajero algo romántico (y el que no sea romántico, ¿para qué viajar?) el país más fecundo en poesía, más sugestivo, de Europa.

Nuestros Templarios no aparecen infamados por el estigma que les lanzaron á la frente en otros países, en los cuales tampoco es seguro que la merecieran. Continúan siendo un irritante enigma de la historia, algo que no se explicará nunca, y que ni aun motivo da para controversia, toda vez que no hay documentos en qué fundarla. Lo que resulta es que los reyes necesitaban dinero, y el modo de procurárselo, seguro y pronto, era una gran confiscación. Allí estaba el Temple y sus inmensas riquezas. No había Orden tan poderosa. Y así, el monedero falso, Felipe el Hermoso, se dió á infamar á la Orden, antes de asesinarla. En Francia era más fuerte que en parte alguna del mundo; un tercio del recinto de París le pertenecía; los Templarios tenían derecho de asilo, y en aquella Torre del Temple, que quién sabe si por una severa expiación histórica presencié el calvario de la realeza, era donde la Orden celebraba sus capítulos generales y expedía instrucciones á sus provincias, Castilla, Aragón, Portugal, Mallorca, Alemania, Italia, Irlanda é Inglaterra—dondequiera que flotase el blanco manto con la roja cruz.—La fuerza de aquella milicia guerrera y monástica estaba en la terrible consigna de no dar cuartel, de aceptar siempre el combate contra enemigos tres veces superiores; en su ardor sanguinario, en sus atezados rostros que el sol y el hierro del casco curtían. Eran los cruzados eternos. En las batallas, reclamaban por derecho propio la vanguardia. El misterio rodeaba sus iniciaciones secretas, sus ritos dramáticos, simbólicos. El Grial proyectaba sobre la Orden su sombra de ensueño. Un historiador, que ha sentido la belleza de la Orden, cree que la culpa de su pérdida debe achacarse al prosaísmo del siglo XIV, que no comprendía el romántico y místico enigma de la Orden, poseedora de una religión más alta, de un santuario más allá del santuario. «La Iglesia—dice—era el templo de Cristo, y el Temple, el del Espíritu Santo.» Y son las doctrinas interiores del Temple las que inspiran los poemas medievales, el heroico y piadoso viaje en demanda del Santo Grial, cuya vista prolonga la vida humana quinientos años, y alrededor del cual, espada al puño, vela el templista, que es la idealización del Templario, su expresión más bella y caballeresca. Había también, en Felipe el Hermoso, un odio personal á la Orden, que no le había querido admitir en su seno. Y como ya no tenía judíos á quienes expoliar, decidió despojar á los opulentos Templarios.

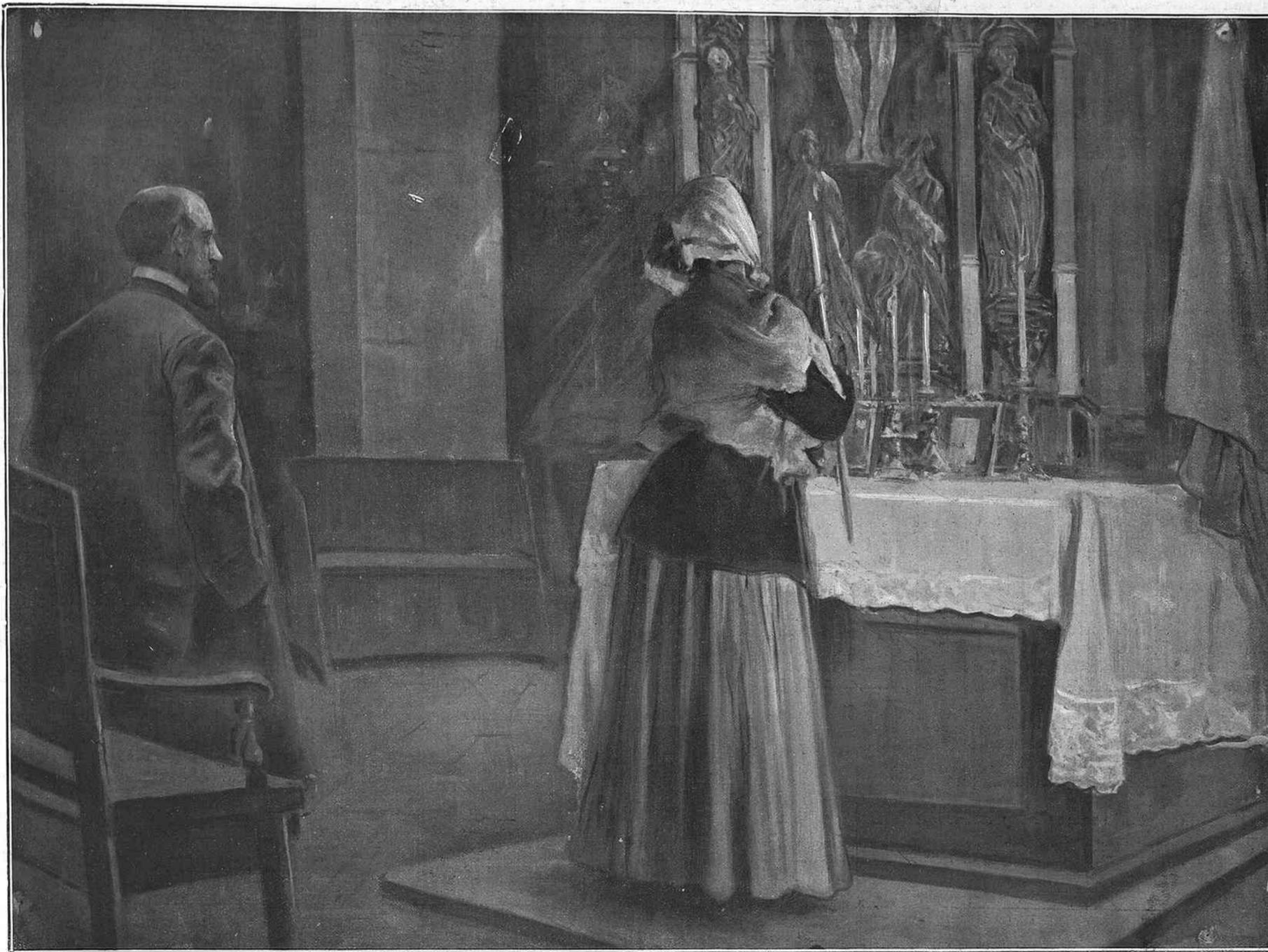
Para lograrlo, había que calumniarles primero, torturarles y matarles después. Y fué lo que se hizo; y se hizo con la crueldad y la traidora malicia que la historia reconoce, aun cuando esté escrita por enemigos de la Orden.

Se les acusó de adorar ídolos y, colmo del absurdo, de prestar culto á Mahoma, cuando ni los mismos mahometanos se lo prestan. Otras acusaciones más enormes si cabe, como la de escupir sobre la cruz, no ofrecen verosimilitud mayor. Se les aplicaron horribles torturas, y en ellas confesaron muchos lo que se quería hacerles confesar. A pesar de todo, del proceso no salió bien probado nada; pero no por eso dejaron de ser quemados cincuenta y cuatro, protestando de su inocencia en la hoguera misma. Sólo los tormentos, inimaginables, arrancaron declaraciones que se aprovecharon como si fuesen verdad. Hubo uno que, arrojándose ante los jueces, exclamó: «No me torturen, no me quemem, porque yo, que jamás he tenido miedo en las batallas, ante el tormento diré las mentiras que se me exijan; diré, si queréis, que los Templarios hemos matado al Salvador.» Y el gran maestre del Temple, sin fórmulas judiciales, fué quemado en una isilla del Sena...

Este trágico episodio del final de la Edad Media ha vuelto á mi memoria al leer la atribución de Monsalvat á Monserrat. El Grial, el símbolo de los símbolos, me ha evocado las desventuras trágicas de sus custodios y defensores. Y mientras la frase honda y patética de Lohengrin y las lamentaciones de Amfortas gimen en mi alma, pienso que los Templarios han sido bien vengados, si es cierto que de ellos procede la francmasonería.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA OFRENDA, POR BALDOMERO ARGENTE. Dibujo de Mas y Fondevila



... se dirigió al altar y sobre candelabros vacíos colocó dos velas encendidas...

Si los alumnos del sabio químico D. Fernando Ayora Galiano le hubiesen visto penetrar aquella tarde en la iglesia de Santa Cecilia, se habrían maravillado. El ilustre profesor tenía á gala no traspasar los santos umbrales, y había compartido su fervor durante luengos años entre las investigaciones de laboratorio y la propaganda antirreligiosa. Parecíale á él que una y otra tarea se completaban y que juntas habían de avanzar para que un día el hombre asentara sin disputa su imperio sobre la tierra. Y con igual entusiasmo se aplicaba á fraguar un compuesto de varios simples, que á expulsar del espíritu de un semejante lo que él llamaba, arrastrando un poco el vocablo y haciendo un mohín de desdén, «supersticiones.»

A pesar de todo, D. Fernando Ayora era un hombre bueno, sin otra tacha que un excesivo afán de proselitismo. Su descreimiento era sincero. Con obstinado afán había buscado en los alambiques, retortas y crisoles la solución de los problemas espiritualistas; y como no encontraba en los residuos de sus combinaciones químicas la verdad religiosa, la negó. Su irresistible vocación de catedrático le inducía á poner paño al púlpito cuando la ocasión se presentaba y á no desdeñar una coyuntura de traer una alma «á las claridades de la ciencia.»

¿Por qué se le antojó aquel día internarse en el templo? Ni él se hizo la pregunta, ni probablemente se la hubiera contestado. Discurría por las calles de Madrid, dando el habitual paseo con que á la caída de la tarde despejaba su cabeza y desentumecía sus miembros. La portada ojival de Santa Cecilia le impresionó gratamente. Recordó que el retablo del altar mayor de aquel templo disfrutaba una justa nombradía como obra de arte. Sintió comezón de examinarlo; y aunque sus sentimientos irreligiosos se alborotaron al principio ante la idea de entrar en un templo, los apaciguó pronto arguyendo que se trataba de una mera curiosidad artística.

Se avecinaba la noche. La amplia nave, sumida en sombras, estaba desierta. En el fondo brillaban ante el retablo algunos cirios, cuya amarillenta luz, trémula y débil, hacían más visible las tinieblas. El químico avanzó penetrado de aquella sensación de respeto que el silencio y la obscuridad infunden. Sus pasos resonaban bajo la bóveda con graves repercusiones. En las capillitas laterales, iluminadas por lámparas de aceite, cuya inmóvil llama parecía una pupila vigilante, las imágenes, erectas en sus hornacinas de dorados reflejos, seguían con la mirada los pasos del impío como sorprendidas de su presencia.

Poco á poco los ojos del Sr. Ayora se habituaron á las tinieblas. Durante algunos minutos contempló el retablo, embebecido en la afligranada labor de talla con que discípulos de Berruguete dejaron muestras de su genio, esclarecido y guiado por la piedad. Después giró en torno una mirada. A la derecha, sobre un altar, abría sus brazos un crucifijo. Dos velas erguidas sobre altos candeleros de azófar arrojaban su luz incierta sobre el cuerpo del Redentor, ensangrentado, agonizante, clavado en el madero. Las oscilaciones de la llama proyectando alternativamente sombras y luces sobre la sagrada efigie parecían comunicar un estremecimiento de vida á aquellos músculos atarazados. Diríase que del costado seguía fluyendó mansa y tenue la sangre divina y que los ojos del Nazareno se abrían de tiempo en tiempo para abarcar en una mirada de perdón las iniquidades del mundo.

El sabio profesor sintió alzarse en su alma una inquietud. Del fondo de sus recuerdos surgieron confusas oraciones, añoranzas de juventud, vestigios de inocencias infantiles, iluminados por el encanto de todo lo que fué. Instintivamente dobló una rodilla y se prosternó. En la obscuridad resonó un sollozo que parecía venir del Cristo. Miró alrededor con sobresalto y percibió en la penumbra la silueta de una mujer que oraba con fervoroso abinco, poniendo en

su actitud todo el expresivo afán de un desesperado llamamiento. El químico, repuesto de la furtiva emoción que la vista del crucifijo le había causado, sintió acudir á sus labios una sonrisa irónica ante la cándida unción de aquella penitente. La superioridad del saber científico barbotó en sus oídos su palabra favorita «superstición.»

Aquella mujer, concluida su plegaria, se encaminó á la sacristía. Andaba con táticos pasos, reverenciando con genuflexiones las imágenes ante las cuales cruzaba. Su atavío era popular, de negra saya y humilde manto en la cabeza. Instantes después volvió á salir de la sacristía, se dirigió al altar y sobre candelabros vacíos colocó dos velas encendidas, que chisporrotearon al arder como si se asociaran á la angustiosa imploración de que eran testigos y ofrenda.

Repentinamente el Sr. Ayora y Galiano, profesor de Química, comprendió qué secreto impulso le había movido á franquear la puerta de Santa Cecilia. No fué el interés artístico, sino el misterioso deber de redimir un alma sumida en los errores religiosos. Sintió necesidad de saber qué cuita depositó aquella artesana á los pies del crucifijo. En la sacristía le informaron. Un tornero de la parroquia tenía un hijo moribundo; la carie devoraba un fémur del infeliz, que padecía terribles dolores; la madre venía á la Iglesia cotidianamente á implorar del Crucificado la curación del hijo; cada sábado, desde hacía cuatro, encendía dos velas que, adquiridas con sacrificio, renovaban en el ara el llamear inextinguible de la esperanza creyente.

Tomó las señas y partió. La oportunidad era magnífica para lo que él creía deberes de su apostolado científico. El que no había sido curado por la oración, lo sería por la ciencia. ¿Qué mayor prueba de que debe buscarse abajo el auxilio que inútilmente se implora de arriba? Con el ardor de su infatigable proselitismo, se trasladó al domicilio cuyas señas le habían dado. Era un modestísimo interior miséri-

mamente puesto. Sobre una tosca mesilla, una estampa de la Virgen de la Esperanza, ante la cual ardía un mariposa, daba testimonio de la piedad de los moradores.

Nuestro apóstol recató primeramente los propósitos de su visita.

—Sé la aflicción en que se encuentran y quisiera aliviarla en lo posible.

—Dios se lo pague, interrumpió llorosa la madre. Dios nos ha enviado una terrible desgracia. Nuestro hijo se muere. Todos los remedios son inútiles. Cuanto teníamos, cuanto hemos podido buscar, lo hemos empleado en curarle y no se cura. Se lo he pedido á Dios con toda mi alma; que me lleve á mí y le deje á él. ¡Pobrecito! Es joven; puede vivir mucho. ¿A qué dejarme á mí, que tengo un pie en la sepultura? Dios no lo quiere. Hágase su santa voluntad.

Y rompió á llorar con desesperanza.

La contemplación del enfermo sacudió las más hondas fibras de la misericordia en el corazón de nuestro héroe. Demacrado, febricento, consumido, un mozuelo yacía en un camastro. Una débil queja constante salía de su boca en treabierta, y sus ojos cerrados se hundían en las oscuras cavidades del cráneo. Por el ambiente flotaba indecisa fetidez de podredumbre. Para salvar de la muerte aquel montón de carne macerada era preciso un milagro. El químico lo esperaba de la ciencia; la madre, de Dios.

—¿Por qué no acuden al doctor Godoy? En estas enfermedades hace prodigios. Es un sabio que le curaría.

—Si, podría curarle, con la ayuda de Dios, repuso la madre. Pero nosotros somos pobres. Un médico tan famoso, ¿cómo querría venir á cuidar á un desgraciado en una buhardilla? Sería menester que Dios le tocara en el corazón.

—Hay que hacer algo por sí mismo; no esperarlo siempre de Dios.

—¿Pues de quién lo vamos á esperar? Él que todo lo puede, es quien hará el milagro.

—El milagro lo hará, si es tiempo, el Dr. Godoy; porque yo lo traeré.

El Dr. Godoy era una justa celebridad, á quien innumerables requerimientos de su acaudalada clientela abrumaban continuamente. Compañero de cáte-

desinfección general; envió por los primeros remedios; y empeñado más tarde su amor propio, emprendió con todo afán la curación del enfermo. El Dr. Godoy lo visitaba diariamente. Ayora sufragaba los gastos. Los artesanos, maravillados de tan inesperada caridad, los reverenciaban como santos, y veían en ellos un testimonio de la clemencia divina que había escuchado sus oraciones. Nuestro químico seguía anhelante el curso de la dolencia, experimentando las inefables emociones que la caridad lleva al corazón.

Por fin el enfermo quedó curado. Ayora juzgó llegado el momento de catequizar á sus protegidos, abriéndoles los ojos.

—Vean ustedes, decía, cómo el milagro se ha hecho. ¿A quién se lo deben?

—Primero á Dios, repusieron á coro.

—A Dios no. Lo deben á un médico que, por cierto, no es nada religioso. Yo, que por casualidad supe su aflicción, traje ese médico. Y la ciencia lo ha salvado. Por eso hay que creer en la ciencia. Esperar la salud de Dios es «superstición.» Ustedes lo han visto.

—Hemos visto lo contrario. Al médico lo trajo usted; y á usted, ¿quién lo trajo? Quien le inspiró el deseo de socorrernos fué Dios. ¡Que ha sido inútil la oración y la ofrenda! ¿Por qué entró usted en Santa Cecilia? ¿Quién guió sus pasos sino la gran Misericordia del que todo lo dirige en el mundo? Mis súplicas y mis humildes ofrendas fueron recompensadas. Porque Dios elige otros caminos que los hombres, y sus infinitas piedades llegan á las desventuras invisible y secretamente al través de los corazones. Y tal vez eligió dos incrédulos de bondad para que fueran inconscientes instrumentos de su clemencia y su poder.

Si yo no hubiera rezado mi hijo estaría muerto.

D. Fernando Ayora y Galiano no supo qué oponer á los hechos. Y los hechos eran indiscutibles. Allá en lo íntimo de su conciencia sintió aletear lo misterioso, y calladamente reconoció que la fe de aquella madre había acertado. Era la ignorante, no el sabio, quien tenía razón.



Cabeza de estudio, dibujo de P. Stachiewicz

dra de Ayora, y compártice de las ideas de éste, uníalos entrañable amistad. A él acudió nuestro héroe con su pretensión, empleando tan persuasivas palabras, que á la mañana siguiente el Dr. Godoy, más accesible á la caridad de lo que presumía la angustiada madre, practicaba un detenido reconocimiento del doliente. El caso era apurado. Hizo una



El turno de noche. Salida de la fábrica, dibujo de J. Berga y Boda

En este hermoso dibujo el notable artista olotense nos ofrece un episodio de la vida del obrero hecho con tanta verdad, con tal fuerza de expresión, que en aquellas figuras vemos la laxitud de las horas de trabajo y la necesidad del reposo, y en aquel paisaje sentimos la tristeza de un amanecer de invierno, que acaba de imprimir un sello de melancolía á la escena.

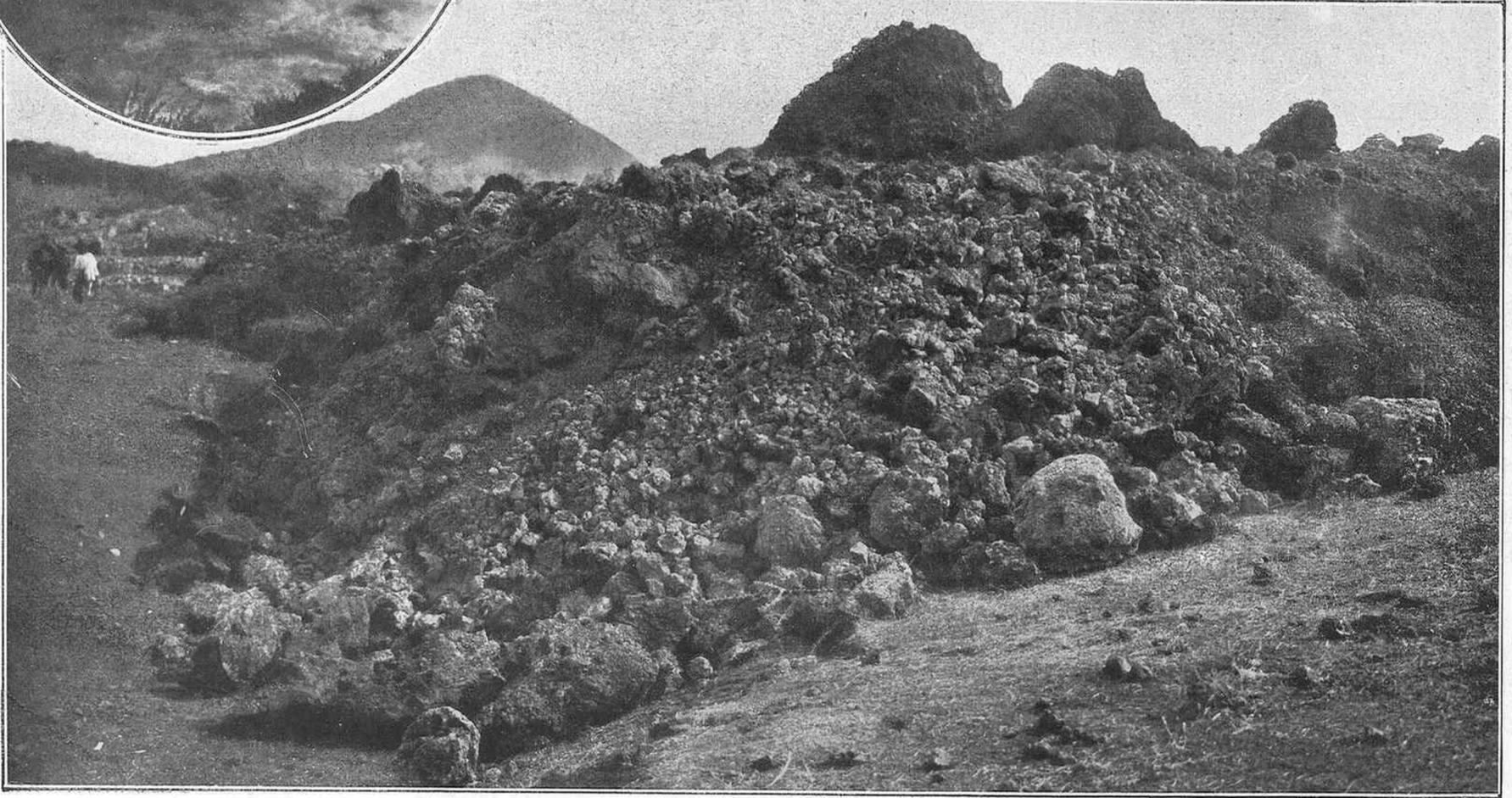
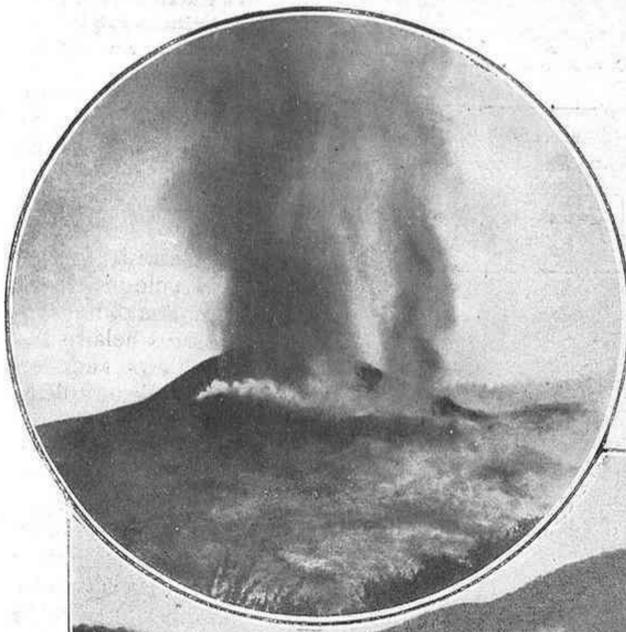
## ISLA DE TENERIFE.—ERUPCIÓN VOLCÁNICA DEL TEIDE

(De fotografías de nuestro corresponsal Sr. Delgado Yumar.)

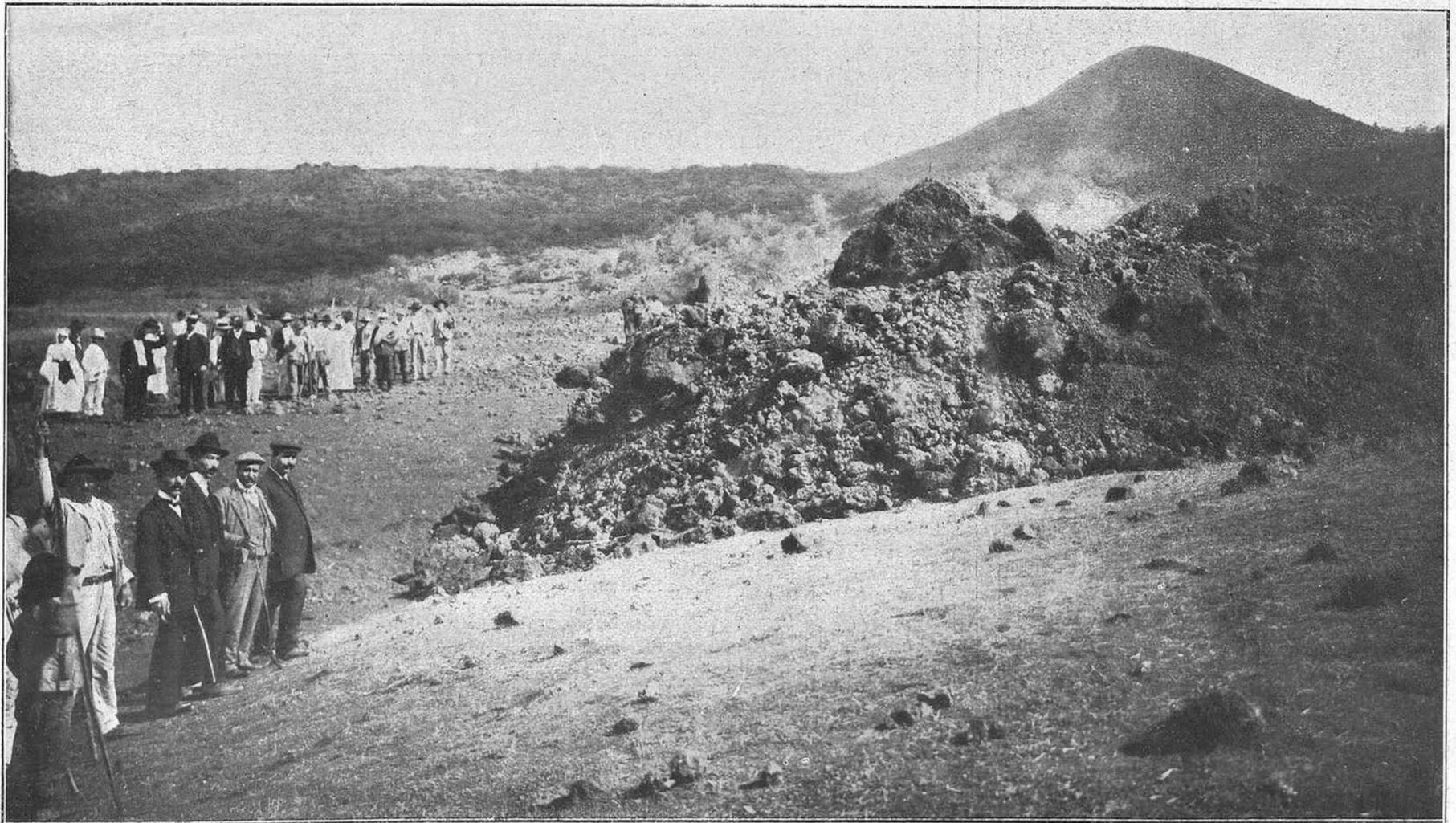
Completando la información gráfica de la última erupción del Teide que dimos en el número anterior, publicamos las adjuntas interesantes fotografías que dan perfecta idea de la magnitud del fenómeno.

Una de ellas representa el nuevo cráter del monte Chinyero, que fué uno de los que mayor cantidad de lava arrojaron; las otras dos reproducen los dos principales brazos que formaron las materias volcánicas y que en un principio hicieron temer la destrucción de varios poblados, entre ellos el de Tamaíno, amenazado por el primero de aquéllos, y el de Santiago, puesto en peligro de desaparecer por el segundo.

Afortunadamente, como dijimos, tales temores no se realizaron y las corrientes de lava se detuvieron antes de producir los desastres que en los primeros días parecían inminentes.



Volcán de Chinyero en las inmediaciones del pico de Teide  
Uno de los brazos en que se dividió la lava que amenazó destruir el pago de Tamaíno



Brazo central de lava que comenzó á destruir el valle de Santiago

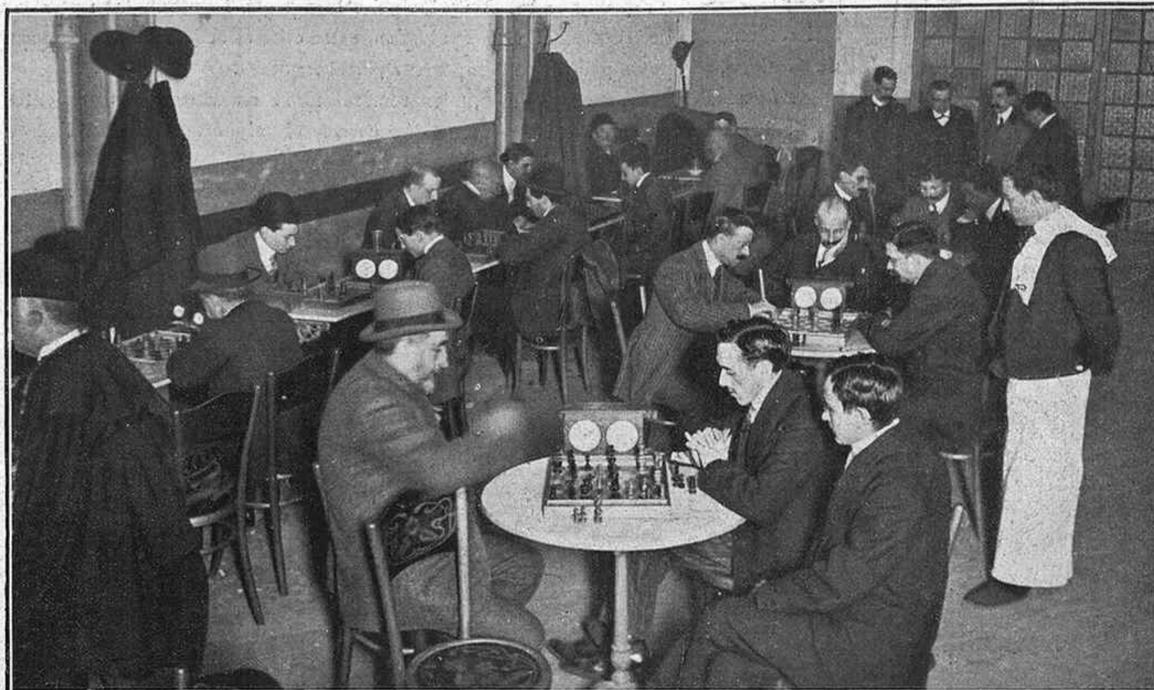
## ACTUALIDADES BARCELONESAS

MARIA FARNETTI EN «MADAME BUTTERFLY»

Se ha cantado últimamente en nuestro Liceo *Madame Butterfly*, esa ópera del maestro Puccini, que después de haber fracasado cuando se estrenó hace algunos años en Milán, ha recorrido triunfalmente los principales teatros líricos, no sólo de Italia, sino también de todo el mundo. Sin llegar á la de *La Bohème*, la música de *Madame Butterfly* es en general agradable, y en algunos momentos verdaderamente sentida, y sobre todo se presta á que una artista se luzca en ella y haga de su *particella* una creación.

Una creación, y una creación admirable, ha hecho María Farnetti de la simpática cuanto desdichada protagonista de la obra. Dotada de una voz deliciosamente timbrada y que maneja con arte maravilloso, ha sabido expresar de una manera magistral, ora con delicados matices, ora con arranques dramáticos, los distintos sentimientos que agitan el alma de la

enamorada japonesa, aquella alma sencilla, tierna que se entrega toda entera al hombre amado y que después de haber sentido todos los deliquios del



Barcelona.— Torneo de ajedrez que actualmente se celebra en la «Sala Imperio.»  
(De fotografía de nuestro reportero Sr. Merletti.)

amor en apariencia correspondido, pasa luego por las melancolías de la ausencia y por las inquietudes de la desesperanza, para acabar torturada por los tormentos del desengaño, de la traición.

Y á los incomparables encantos de su voz una María Farnetti sus dotes excepcionales de artista dramática. Las interesantes situaciones del personaje de la tragedia han hallado en ella una intérprete perfecta: desde que en el primer acto aparece en escena y se entrega confiada á su esposo, hasta que en el último hace el sacrificio de su vida en aras de su hijo, para todos los momentos, para todas las sucesivas gradaciones anímicas, tiene la actriz el gesto, la actitud, la mirada apropiados, sin una exageración, sin el menor descuido, enteramente posesionada de su papel é identificada en absoluto con la encantadora *Butterfly*.

El público barcelonés, como tantos otros, ha premiado la exquisita labor de María Farnetti, tributándole las más entusiastas ovaciones.

## TORNEO DE AJEDREZ

El día 1.º de este mes se inauguró en la «Sala Imperio» un torneo de ajedrez que promete ser un acontecimiento sensacional entre los aficionados y para tomar parte en el cual se han inscrito veintitrés jugadores, la mayoría de ellos jóvenes y ardientes entusiastas del noble y difícil juego.

Entre las varias partidas jugadas hay algunas que seguramente llamarán la atención por su juego correcto y por sus muchos lances interesantes.

En este torneo se emplean por vez primera en Barcelona relojes especiales que tasan el tiempo destinado á cada jugador, á razón de 20 jugadas por hora; además hay un tictico que anota la partida, todo exactamente tal como se hace en los grandes certámenes de Alemania é Inglaterra.

Los premios consisten en cantidades en metálico, en objetos de arte y en obras de ajedrez. El vencedor del torneo obtendrá el título de «Campeón de Barcelona.»

La comisión organizadora la constituyen los señores Valle, Puig, López, Martino y Lafuente.

WANDA LANDOWSKA

Hacer conocer las obras de los clásicos en toda su pureza; identificarse con el sentimiento que en sus composiciones pusieron aquellos grandes músicos que se llamaron Mozart, Händel, Bach, Rameau, Schubert, Scarlatti y tantos más; subordinar su personalidad artística á la de los creadores de quienes ella quiere ser solamente intérprete; sacrificar sus excepcionales dotes de virtuosa á la sinceridad de una ejecución ajustada estrictamente al pensamiento del compositor: esto es lo que se ha propuesto y por modo admirable ha conseguido la eminente concertista Wanda Landowska, que en la semana última ha dado dos audiciones interesantísimas en el «Palau de la Música Catalana.»

Para lograr tal objeto, no se ha contentado con estudiar las obras cono-

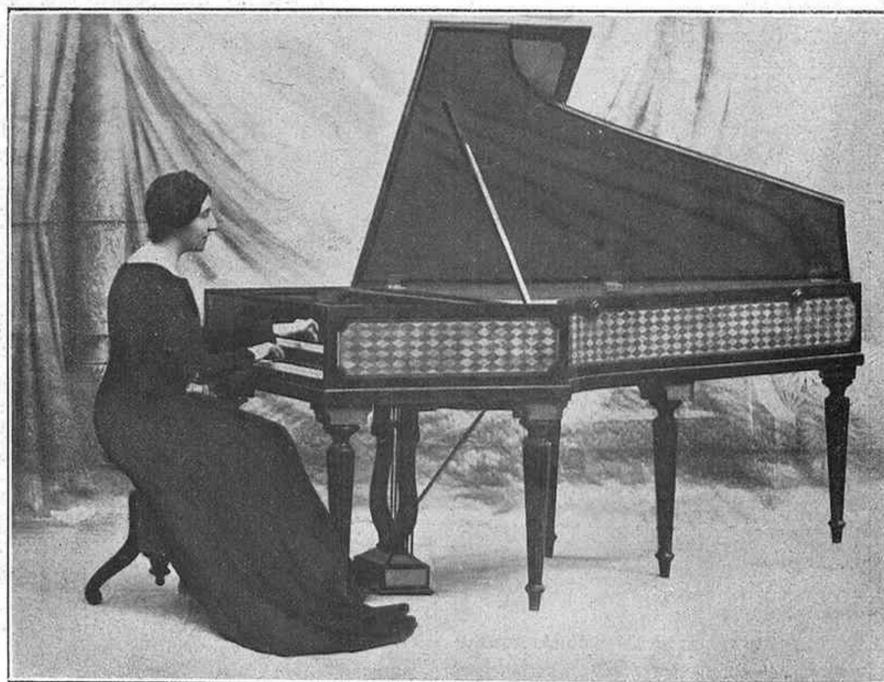
cidas de aquellos grandes maestros, sino que además, en Francia, en Inglaterra, en Alemania y en Italia, después de una profunda y paciente labor de investigación en las bibliotecas, ha resucitado muchas otras ignoradas ó caídas en olvido injusto. Y ha hecho más; á fin de darlas á conocer en el instrumento para el cual fueron escritas, ejecuta la mayoría de ellas en el clavicémbalo, expresamente construído para ella por la casa Pleyel, del que arranca sonidos suavísimos, matices de una exquisitez incomparable.

Un crítico francés, hablando de ella, ha escrito:

«Sube al estrado una mujer joven; saluda y se sienta al clavicémbalo, evocando y resucitando un pasado en que la vida, menos agitada que la nuestra, era pródiga en momentos de reposo, llenos de ingenio, de arte, de armonía y de serenidad. Unos grandes ojos, aterciopelados, tiernos y profundos, una silueta de delicadeza y de leyenda, con algo de tími-



La eminente tiple María Farnetti en *Madame Butterfly*, ópera de Puccini, que ha cantado con éxito extraordinario en el Gran Teatro del Liceo de esta ciudad.



Wanda Landowska, eminente concertista que recientemente ha dado dos audiciones de clavicémbalo y piano en el «Palau de la Música Catalana.»

do, que hace pensar en las ideales heroínas de Mæterlinck ó en las vírgenes de Burne-Jones; una originalidad natural de actitudes en que el gesto, flexible y caprichoso, se ofrece lleno de gracia ingenua, y las manos más finas y espirituales que soñarse puedan... Ejecuta sencillamente con piedad fina y ligera, y la resurrección va precisándose y se consume.»

Los dos conciertos que ha dado en nuestra ciudad han sido para Wanda Landowska dos grandes triunfos.— P.

## EL EMINENTE ESCULTOR AGUSTIN QUEROL

fallecido en Madrid el 14 del actual



Cuando el éxito y la gloria acompañaban á las producciones del insigne escultor y cuando tanto podía esperarse de su inteligencia y de su esfuerzo, ha caído agostado su organismo, dejando tras sí el simpático recuerdo de sus condiciones personales y la grandeza de sus obras.

¡Pocos artistas, como Querol, pudieron darse á conocer tan temprana y cumplidamente, y pocos pudieron, como él, sostener y acrecentar su reputación!

Fué un escultor, fué un genial intérprete del gran arte, al que dedicó siempre el inagotable caudal de su sentimiento y de su febril actividad. Cuando allá en sus infantiles años, en Tortosa, su ciudad querida, y en el modesto hogar paterno, comenzó á dar forma al barro, á modelar, sin más auxilio que sus dedos, aquellas intencionadas figuritas, que todavía recuerdan y celebran sus deudos y amigos, manifestándose su temperamento y su impresionabilidad, no pudieron suponer que mucho antes de llegar á la madurez llegara su nombre á gozar de mundial reputación y representar una justísima gloria de su pueblo natal y de nuestra patria.

Convencidos sus mayores de la conveniencia de fomentar sus ya excepcionales aptitudes, consintieron que el joven Agustín se trasladara á Barcelona, en donde, por breve espacio de tiempo, pudo recibir algunas enseñanzas del hoy venerable maestro Venancio Vallmitjana, que al lamentar ahora la pérdida del que fué su discípulo, tomará parte, desde el fondo de su corazón, en el homenaje que en todas partes tributan á su memoria.

Obtenido el pensionado en Roma, pudo Querol emprender sus estudios en la forma que presentía y deseaba. Allí saturóse de las obras de los grandes maestros, allí recibió esa educación clásica que se ha reflejado en sus obras, aprendiendo á concebir lo grande y lo bello. Sugestionado por el ambiente y por el medio, produjo el hermoso relieve *Tulia pasando por encima del cadáver de su padre*, que constituyó su primer envío reglamentario y que revela vigorosa concepción y la energía y firmeza propias de la juventud. A esta obra siguió el grupo *Sagunto*, trágica visión del fin de un pueblo heroico, que significó un nuevo éxito para el artista y afirmó el concepto que ya mereciera. El incomparable grupo *La Tradición* fué su tercer envío, inspirado en distintos moldes que los anteriores, y que tiene el privilegio de fijar el punto de partida de su notoriedad. Ella señala la evolución del artista, que abandonó el clasicismo para inspirarse en el idealismo moderno, creando un verdadero símbolo en la sibilítica figura de la anciana que relata á un niño el caudal de sus memorias para que se imprima en la infantil imaginación. Discutida fué entonces la obra, pues aparte de las interesadas censuras, hubo de resistir los embates asestados por el rutinarismo y el



La Tradición, obra del insigne escultor Agustín Querol, premiada con medalla de oro en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1887

mal entendido concepto del clasicismo entonces imperante; pero al fin *La Tradición* se impuso y triunfó y triunfa, pues en estos momentos todos nos inclinamos ante esta genial creación del insigne artista. Y fueron aumentando su reputación las sucesivas obras *San Francisco curando á los leprosos*, *España*, *Modestia*, *El Genio*, *El Estudio*, el notabilísimo Frontón que decora el Palacio de la Biblioteca Nacional, las estatuas que coronan el Ministerio de Fomento y singularmente los monumentos que en Madrid, Bilbao, Zaragoza, Cádiz, Cuba, Filipinas y República Argentina pregonan su genio.

Expuestos, siquiera sea someramente, los méritos del esclarecido escultor, réstanos consignar que fue-

ron reconocidos en todas las Exposiciones en que tomó parte, concediéndosele en alguna de ellas la más alta recompensa, cual es el Premio de Honor, hallándose en posesión de numerosas condecoraciones y ostentando la investidura de diputado á Cortes.

De carácter bondadoso, sencillo, casi infantil, fué caballero en sus actos, amante de su familia y de su ciudad natal. Nosotros, que tuvimos la suerte de contarnos en el número de sus amigos, pudimos en repetidas ocasiones apreciar sus cualidades como hombre y su valía como artista.

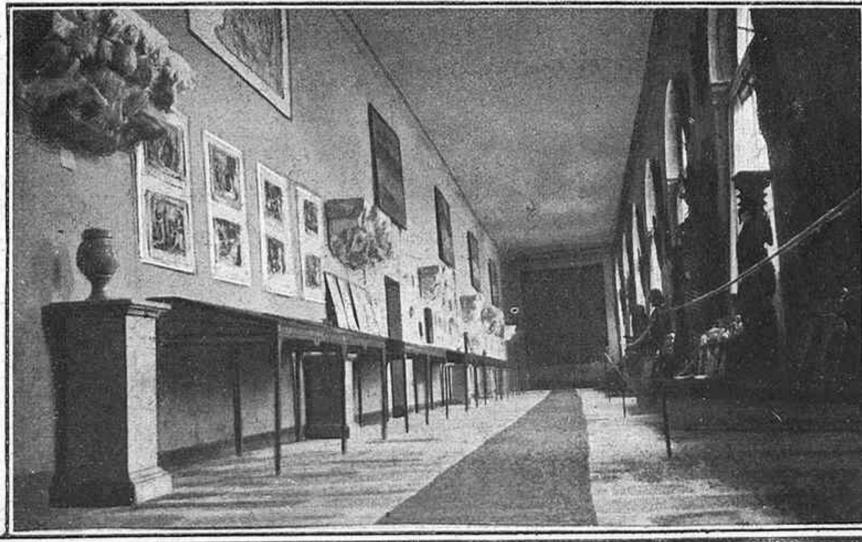
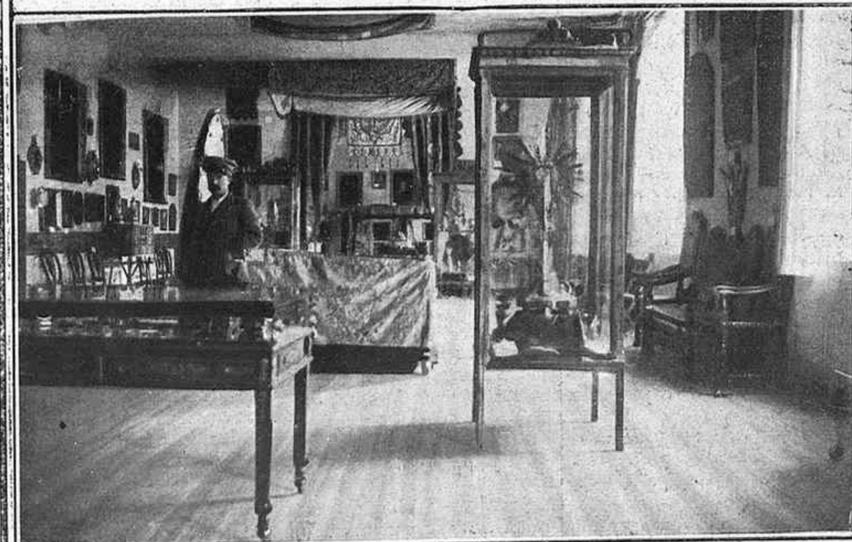
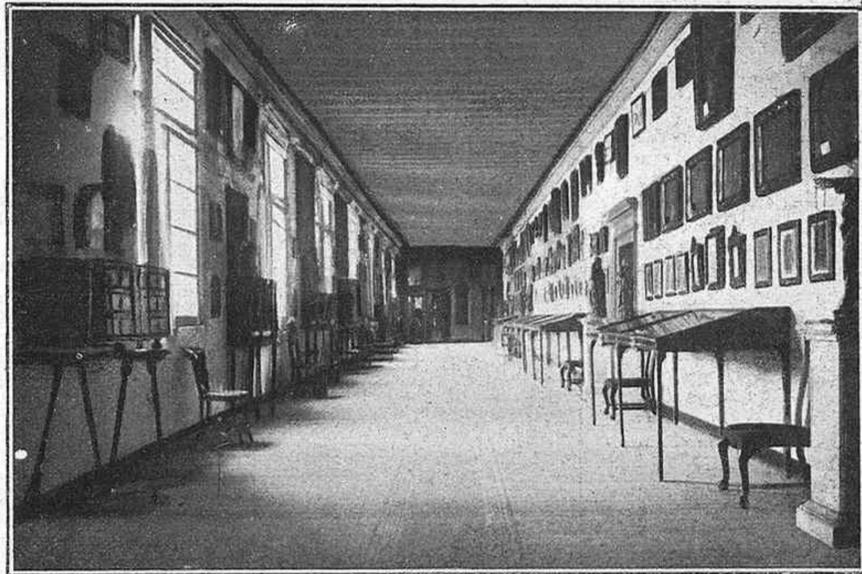
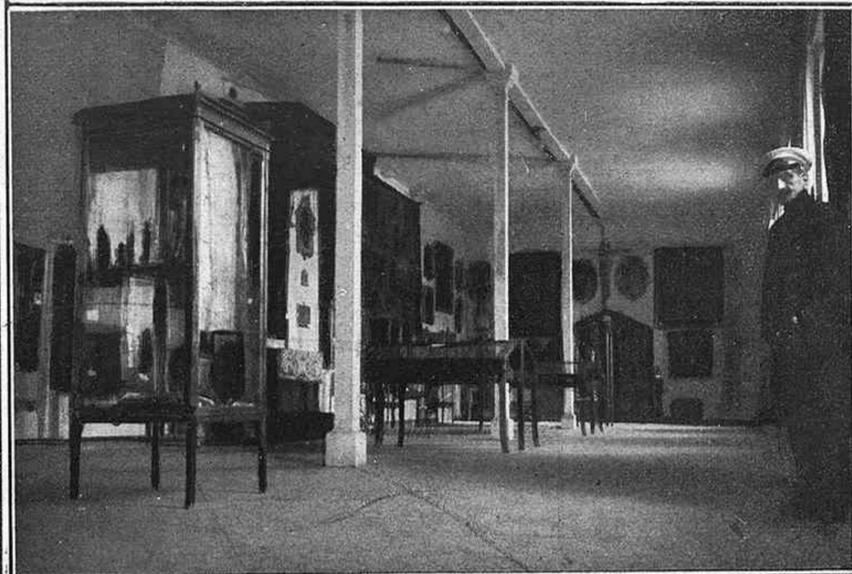
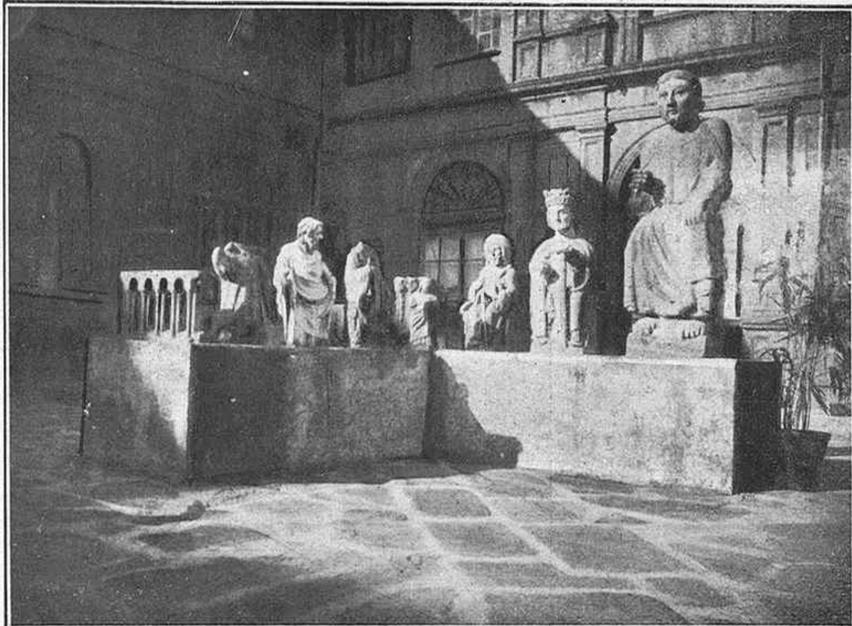
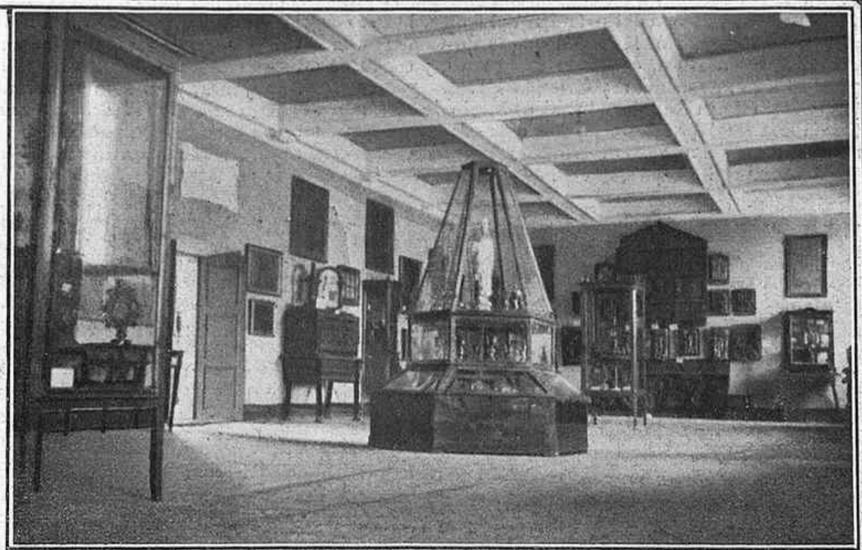
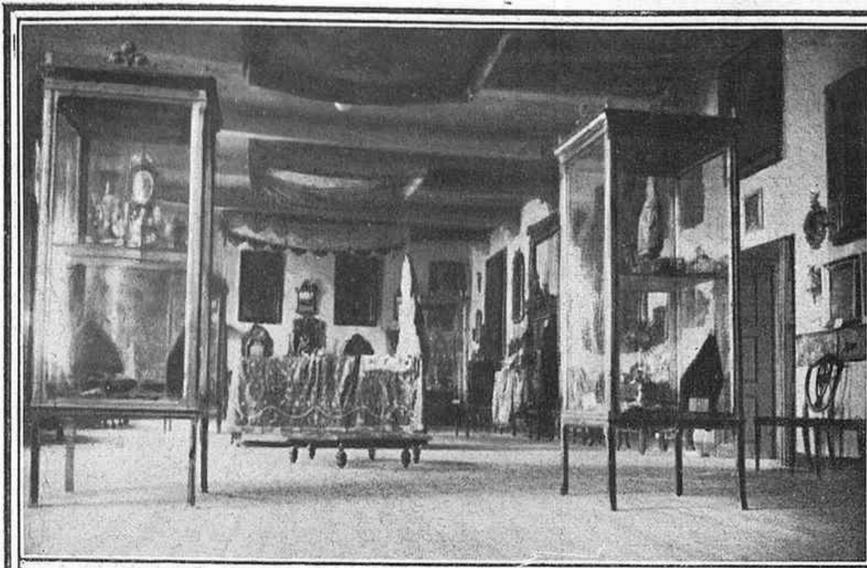
Al amigo querido, pues, al escultor insigne, dedicamos estos renglones como homenaje de su mérito y expresión de nuestro afecto y buen recuerdo.—L.



FLORES DE OTOÑO, cuadro de Gyula Basch, grabado por Weber

... de la sección de ... (D. Ernesto García)

SANTIAGO.—EXPOSICIÓN REGIONAL GALLEGA



Vistas de algunas salas de la sección de Arte Retrospectivo. (De fotografías de D. Ernesto Carrero.)

## LA PRINCESA VALDEMAR DE DINAMARCA

El día 4 de los corrientes falleció en Copenhague la princesa María de Orleans, esposa del príncipe Valdemar, hermano del actual rey de Dinamarca. Hija del duque de Chartres, había nacido en 1865 en Ham, cerca de Richmond, y casóse en 1885 con el hijo menor del rey Cristián IX.

Al privilegio de su ilustre cuna, al prestigio de su alta posición, unía una inteligencia de primer orden, una gran afición á las bellas artes y una bondad exquisita que desde su llegada á su nueva patria le conquistó la adoración de todos los dina-



La princesa Valdemar de Dinamarca, fallecida en Copenhague el día 4 de los corrientes (De fotografía de Carlos Trampus.)

marqueses y el más entrañable afecto de toda la familia real. Para Cristián IX fué una verdadera hija, que prodigó al anciano monarca, en los últimos años de su vida, los más solícitos cuidados y las más delicadas atenciones; para sus hijos fué la mejor de las madres y ella dirigió su educación; para su marido fué esposa amantísima que hizo de su hogar un templo de felicidad.

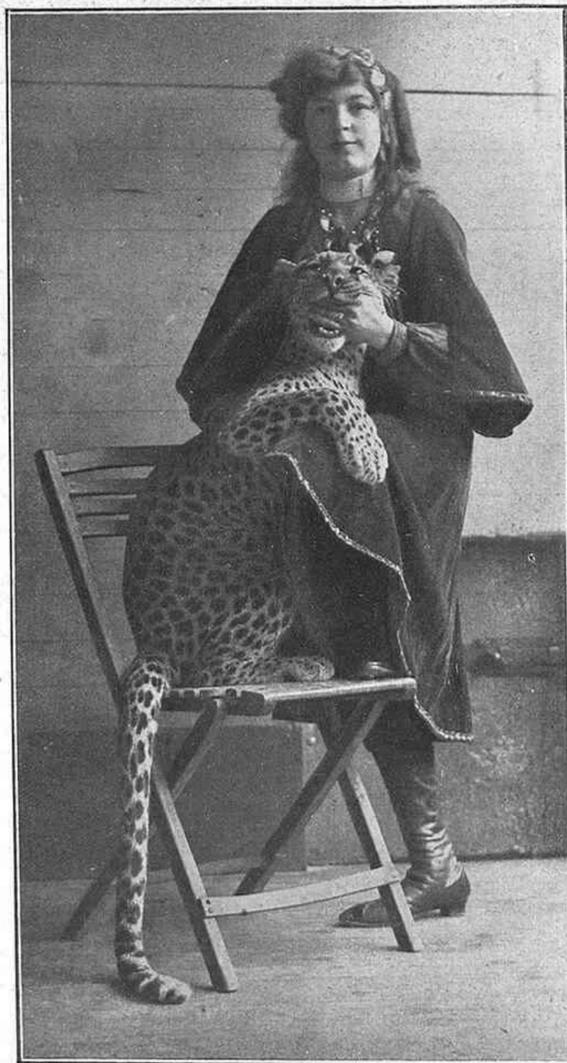
También los pobres tuvieron en ella una madre que les socorría con largueza y les consolaba en sus aflicciones, y que para consolarlos á socorrerlos adoptaba las formas más delicadas, las que más hondamente habían de penetrar en el corazón de los favorecidos.

Su inteligencia se extendía á múltiples cuestiones, incluso á las políticas, y en las famosas reuniones de soberanos de Fredensborg, en donde, como es sabido, solían juntarse los miembros de la familia real dinamarquesa, muchos de los cuales ciñen coronas reales é imperiales, sus consejos fueron muy atendidos, particularmente por Cristián IX y por el tsar Alejandro III. Hasta tal punto llegaba su influencia, que á ella se deben en gran parte, según parece, la alianza franco-rusa y la *entente* anglo-francesa. Y aun se asegura que influyó no poco en el ánimo de Guillermo II en recientes dificultades surgidas entre Francia y Alemania.

La princesa Valdemar ha muerto sin poder dar el último adiós á su esposo y á sus tres hijos mayores, quienes, quince días antes, habían emprendido un viaje á Oriente para devolver al rey de Siam Chulalongkorn la visita que éste hizo, hace algún tiempo, á la corte de Dinamarca.

LA NIÑA DOMADORA  
OLGA JEANET

En varias ciudades de Italia ha llamado mucho la atención esta niña, que sólo cuenta diez y siete años y sin embargo domina á sus fieras y juega con ellas como pudiera hacerlo el domador más consumado.



La niña domadora Olga Jeanet con su pantera (De fotografía.)

Resulta, en verdad, interesante ver que leones, panteras, tigres y otros animales de este jaez muéstranse obedientes á las indicaciones de la joven domadora, la acarician y se dejan acariciar por ella sin revelar ni por un momento sus instintos sanguinarios. Y es tanta la influencia que sobre sus fieras ejerce Olga, que acompañado por ella pudo penetrar en la jaula el fotógrafo de Milán Sr. Fiorilli, de quien es la fotografía adjunta, y no sólo tomar algunos clisés, sino además jugar con su amigo el Sr. Cavazzuti una partida de ajedrez junto á un enorme león indolentemente echado entre los dos jugadores.

## PARÍS. — MONUMENTO A WALDECK-ROUSSEAU

En breve se inaugurará este monumento erigido en el Jardín de las Tullerías á la memoria del eminente hombre público Waldeck-Rousseau, fallecido en 1904. Es una obra artística realmente notable y de carácter severo en su parte arquitectónica. Las figuras, así el busto de Waldeck-Rousseau como la fama que le señala á la posteridad y el grupo de los dos hombres que simbolizan el trabajo amparado por la República, están admirablemente modeladas y colocadas con singular acierto.

## EL CORONEL RAMÓN L. FALCÓN

El día 14 de noviembre último, una bomba arrojada por un anarquista causó la muerte del coronel Sr. Falcón, jefe de policía de Buenos Aires, y de su secretario Sr. Lartigau. Regresaban ambos en coche de un entierro, y al pasar por la avenida Quintana, un individuo lanzó el explosivo en el interior del carruaje; oyóse una detonación espantosa, una espesa humareda envolvió el coche y pocos momentos después eran recogidos los cuerpos ensangrentados de las dos víctimas que, conducidos al consultorio central de la asistencia pública el señor Falcón y á un sanatorio particular el Sr. Lartigau, no tardaron en fallecer.

El asesino pudo ser detenido después de haber intentado suicidarse.

La impresión que este atentado produjo, primero en la capital y en toda la República luego, fué terrible. La prensa unánimemente protestó indignada del abominable crimen y el gobierno adoptó desde los primeros instantes las más severas disposiciones, decretando inmediatamente el estado de sitio en todo el territorio de la nación por el término de 60 días y preparando leyes represivas que la opinión pública con urgencia reclama.

Un importante periódico bonaerense, que no peca por cierto de reaccionario, escribe á este propósito lo siguiente:

«Es necesario defenderse; es necesario solidarizarse para la salvación común; es necesario atacar para no ser sorprendidos; es necesario destruir para conservar la vida, para conservar el orden social, para poner los hogares y las instituciones á cubierto de esa locura tenebrosa que corre desatada por el mundo. Hay también que ser inexorables; hay que ser también inflexibles; hay que ser también tremendos en la justicia reparadora y defensiva...»

«No, no es posible perdonar; no es posible tener lástima de los verdugos; no es posible que la vida amenazada sea tolerante con la muerte que la acecha, con el sacrificio que la persigue, con el crimen que le tiende celadas.»

«Necesario es defenderse, y si las instituciones fueran incapaces ó débiles, abroguese la sociedad el derecho de salvaguardar sus vidas, de castigar á los asesinos, de vengar á sus víctimas. Y á los espíritus timoratos les recordamos lo que ocurre en naciones que consideramos más progresistas que la nuestra, donde, sin embargo, por delitos mucho menores se pone en práctica, con toda la fuerza que dan la unión y el ansia de justicia, la pena del Talión.»

Y en análogos conceptos se expresan casi todos los diarios argentinos.

El coronel Falcón nació en Buenos Aires en 1855, ingresó en 1870 en el colegio militar, combatió en 1873 contra la revolución organizada en Entre Ríos por López Jordán, tomó en 1874 parte activa en la defensa y rendición de Córdoba y en la batalla de Santa Rosa, y en 1878 en la campaña naval de Santa Cruz. Con gran brillantez prosiguió su carrera militar, y después de haber servido en el ejército de tierra, entró en la armada, prestando en ella grandes servicios y obteniendo en 1887 el grado de capitán de fragata.

En julio de 1905 fué promovido á coronel y en 1906 nombrado jefe de policía de Buenos Aires.

Fué diputado y senador por la provincia de Buenos Aires y ejerció importantes cargos públicos. En el desempeño de la jefatura de policía fué el prototipo del funcionario celoso, enérgico, activo, leal, abnegado é inteligente, habiendo dado á los servicios policíacos la organización más perfecta, y consagrado á ellos

su talento y su laboriosidad, que eran muy extraordinarios. El entierro del coronel Falcón y del Sr. Lartigau constitu-



París.—Monumento erigido en el jardín de las Tullerías á la memoria del ilustre político Sr. Waldeck-Rousseau. (Fotografía de M. Branger.)

yó una de las manifestaciones de duelo nacional más grandiosas que ha presenciado Buenos Aires.



El coronel D. Ramón L. Falcón, jefe de la policía de Buenos Aires, que murió en 14 de noviembre último, víctima de un atentado anarquista. (De fotografía.)

**Espectáculos. — BARCELONA.** — En el Liceo se ha estrenado con excelente éxito la ópera de Puccini *Madame Butterfly*, en la que ha alcanzado un grandioso triunfo la señora Farnetti, y han obtenido muchos aplausos el tenor Sr. Pintucci, las señoritas Ciaconia y Pangrazy y los Sres. Federici, Maini, Gallofré Giral, así como el maestro Sr. Spetrino.

La representación de *Ernani* ha sido un nuevo éxito para el eminente barítono Sr. Battistini, á quien han secundado bien la señora Llacer y los Sres. Pintucci y Rossato.

En el Eldorado se ha estrenado con aplauso *El diablo con faldas*, zarzuela en un acto de Sinesio Delgado, música de Chapí.

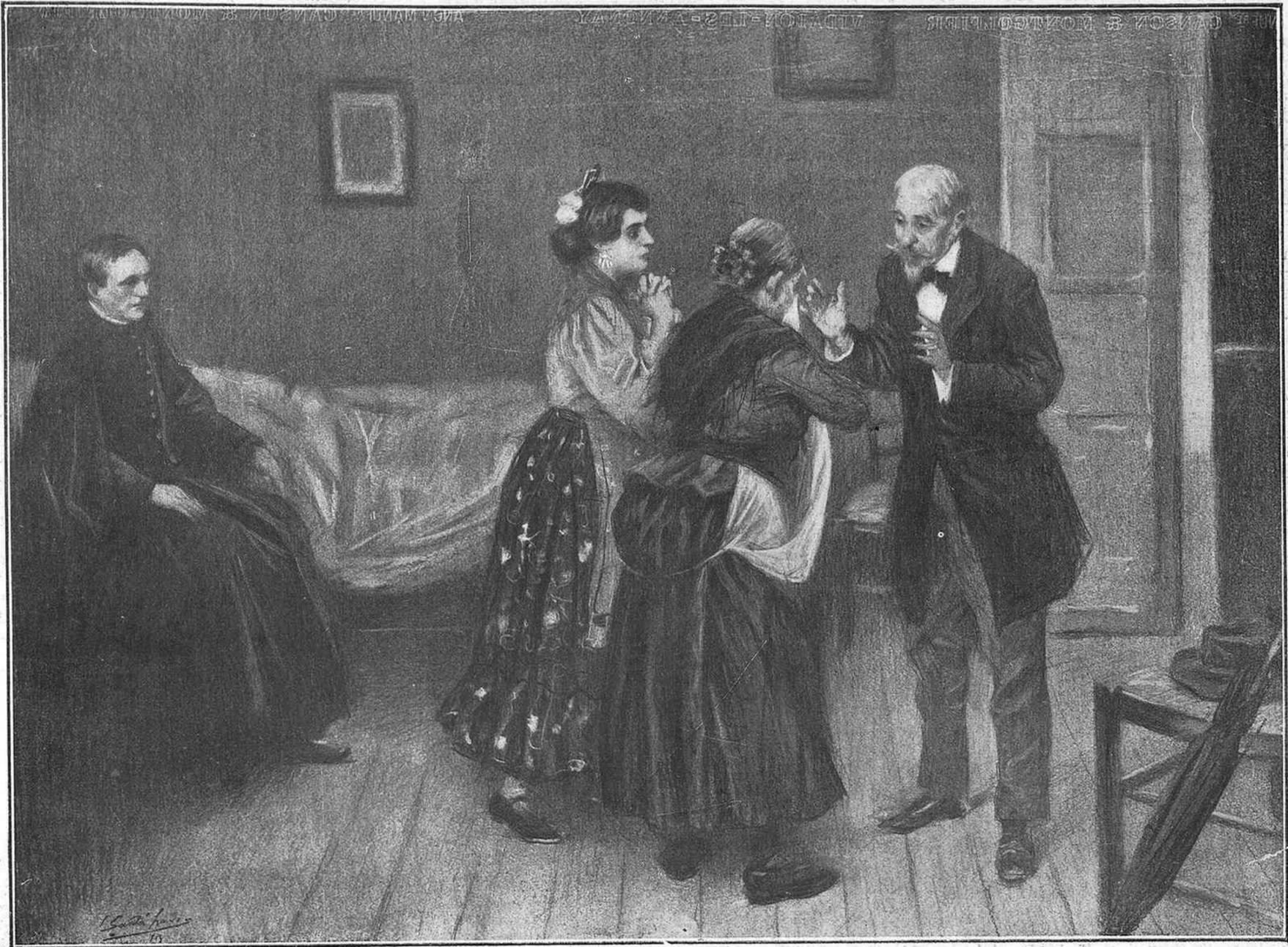
**MADRID.** — Se han estrenado con buen éxito: en el Español *La esclava*, drama en cinco actos de Federico Oliver; en el Príncipe Alfonso *La señorita se aburre*, comedia en un acto de Jacinto Benavente; y en Lara *Entre dos fuegos*, comedia en dos actos, arreglo de la obra francesa de Riche *Le pretexte*, hecho por los Sres. Blasco y Mario.

En el teatro de la Comedia ha dado dos conciertos el eminente pianista Malats, que ha obtenido entusiastas ovaciones en todas las piezas de los programas, particularmente en la *suite* del malogrado Albéniz *Iberia*, que ejecutó de una manera prodigiosa.

**PARÍS.** — Se han estrenado con buen éxito en la Ópera *Miryl*, cuento musical en dos actos de A. Villero y E. Garnier, música de este último, y *Le cœur du moulin*, poema lírico de M. Maigre, música de D. de Severac; en Varietés *Le circuit*, comedia en tres actos de Jorge Feydeau y Francisco de Crasset; en los Bouffes Parisiens *Lysistrata*, comedia en cuatro actos y un prólogo de Mauricio Donnay; en Trianon Lyrique *Daphnis et Cloe*, drama pastoral de M. P. Berlier, música de Fernando Le Borne.

## EL DEBER CUMPLIDO, POR ENRIQUE CORRALES Y SÁNCHEZ

(Dibujo de Sardá.)



— No puedo decir nada, contestó el médico; pero su estado es gravísimo —

## I

En el pueblecito de M\*\*\*, situado á orillas del Océano en una de nuestras más pintorescas provincias del Norte, ocurría algo extraordinario en una hermosa tarde del mes de julio.

Al extremo de la calle que conduce á la parte de tierra, y rodeado de hombres y mujeres, estaba el alcalde, mirando, como los demás, á lo largo del camino, con manifiestas señales de impaciencia. Las mujeres charlaban y reían con los hombres, pescadores de ruda y franca fisonomía, con un susurro de colmena.

La actitud de toda aquella muchedumbre demostraba que se esperaba á alguien que debía aparecer por el camino que tenían delante y que se empina por una colina hasta desaparecer detrás de ella, como una culebra que salva un árbol caído que se opone á su paso. En el punto alto de la colina, allí donde el camino comienza á bajar de nuevo, para perderse á poco en un espeso bosque, existe una cruz, toscamente labrada en piedra, cuyos brazos parecen proteger la comarca, y al pie de esta cruz, un grupo de chiquillos, mirando allí como de avanzada, jugaba y retozaba, mirando á veces los linderos del bosque por donde debía aparecer la persona esperada. De tiempo en tiempo, los chiquillos se volvían hacia el pueblo, y levantando los brazos, los agitaban á derecha é izquierda, en señal de que no se divisaba á nadie.

La persona que los honrados vecinos de M\*\*\* esperaban de aquel modo era el nuevo cura, que debía reemplazar al antiguo, anciano de sesenta años, muerto hacía un mes á consecuencia de una pulmonía. El alcalde había tenido una carta en que le anunciaba el nuevo párroco que debía llegar pronto, y había mandado á sus dos hermanos, pescadores como él, á la ciudad próxima con una mula para que

D. Arnedo (así se llamaba) hiciese cómodamente la travesía. Posteriormente había sabido que debía llegar aquella tarde, y de aquí que estuviese en aquel punto para recibirle y guiarle á la casa, contigua á la iglesia, donde había de vivir en adelante. Los hombres del pueblo, y sobre todo las mujeres, ansiosas de conocer al nuevo pastor, se habían unido á él, y aguardaban.

Por fin, y cerca ya del obscurecer, un movimiento de agrupación se verificó en los chiquillos que estaban junto á la cruz, y poco después se volvían para hacer señas hacia el pueblo, indicando que se aproximaban los viajeros.

Corto tiempo había transcurrido, cuando llegó el cura, acompañado de los dos pescadores y rodeado de la turba de chiquillos, adonde estaba el grupo de hombres y mujeres; y como viese que el alcalde se adelantaba hacia él, contuvo el paso de la mula y le alargó la mano sonriendo.

Era D. Luis Arnedo hombre de treinta años, rostro afable y hermoso realzado por una dulce mirada, que partía de unos grandes ojos negros rasgados y magníficos.

Los hombres se descubrieron, las mujeres le rodearon mirándole con curiosidad, y en seguida marcharon todos formando un grupo, hablando él con los que le dirigían la palabra, camino de la iglesia. Cuando llegaron á ésta, que da frente al mar, el sacristán lanzó las campanas á vuelo, y el alegre sonido se mezcló con ese otro ruido, pausado, grave, armonioso, con que las olas se estrellan en la playa. Luego penetraron en la iglesia, que blanca, limpia, hermosa, riente como estaba, recibió las oraciones de aquellas almas sencillas, marinos criados en ese otro templo inmenso que se llama mar. No llegaban á aquel pueblo los combates de las ideas contra aquel culto fervoroso; pero en aquellos corazones ardía la fe, y rogaban con ella tal como se lo habían enseñado.

Luego el cura salió con sus feligreses de la iglesia y entró en su casa acompañado del sacristán, después de despedir desde el dintel con una bendición á los que habían de ser desde entonces compañeros de su vida.

Los feligreses abandonaron la plaza. A pesar de su juventud, el nuevo cura había gustado: á los viejos, porque era grave; á los jóvenes, porque hablaba con bondad; á los niños, porque les había repartido estampas.

## II

D. Luis subió seguido del sacristán, que era á la vez criado del cura, y visitó su modesta habitación. Menaje pobre, tal como cuadra á quien va á ser pastor de pobres, era el de aquella casa que el joven sacerdote recorrió con delicia, con una alegría de ave que encuentra un nido hecho donde tenía que fabricarlo.

Una pequeña biblioteca donde poder estudiar; un blando lecho donde reposar sus miembros; el mar delante de su ventana para pensar; todos los habitantes de un pueblo á quienes amar..., el sacerdote era feliz.

Después que hubo visitado bien toda la casa y consumido una parca cena, subió á su habitación y sin saber por qué, tal vez atraído por el ruido de las olas, se asomó á la ventana. La luna se había levantado en el horizonte, y su luz plateada caía en la superficie del mar, produciendo mil fosforescencias. El espectáculo era magnífico. La calma que en aquellos parajes existía, sublime.

El sacerdote admiraba y pensaba.

Por un movimiento natural de ideas, todo su pasado apareció ante sus ojos: los juegos bulliciosos de la infancia; las caricias de su madre tan buena para él, siempre con una sombra de tristeza en la frente,

desde la muerte de su marido, á quien Luis no recordaba, como muerto cuando éste sólo contaba dos años de edad; las travesuras de sus compañeros de adolescencia no compartidas por él por extrañas aficiones á la soledad; el empeño de su madre, más religiosa que pensadora, para que su hijo siguiera la carrera eclesiástica; la sumisión que él había dado á este deseo; su retraimiento; sus secretos estudios en los libros y reconcentrado en sí mismo; el crecimiento que en su pensamiento habían tenido las ideas, y en su corazón los sentimientos de amor inextinguible, dulce, tranquilo, á la humanidad, á la naturaleza, á Dios; su salida del seminario; la alegría de su madre al verle después de recibidas las sagradas órdenes; la muerte de aquella señora, sufrida con la serenidad de espíritu que sólo da una creencia arraigada profundamente en el alma por la fe, ó alcanza por la conciencia en los combates silenciosos del pensamiento; su vida más triste desde entonces, como apartado de aquella tierna compañera; la cicatrización lenta de aquella herida; su nombramiento para párroco de M\*\*\*; la llegada al pueblo y las pruebas de afecto recibidas de los sencillos habitantes.

Al llegar á este punto, el pensamiento del sacerdote, que se había apoyado hasta entonces en el pasado, sondeó el porvenir, y una sonrisa de alegría plegó sus labios.

El porvenir, cargado acaso para tantos otros de siniestras amenazas, se presentaba ante él diáfano y transparente, con augusta calma, comparable tan sólo á la que reinaba en aquella noche serena. La luna se había ocultado y las estrellas brillaban en la azul esfera, mientras el mar dejaba caer con blando murmullo las rizadas olas en la arena de la playa. El hombre veía su porvenir no empañado por ninguna sombra: ser el amigo, el compañero, el padre del rebaño confiado á su guarda; amándole con amor fraternal como el que sentía por todos los seres creados su generoso corazón; aliviando al menesteroso; consolando al triste; visitando al enfermo; siendo maestro del niño y también del hombre; sembrando ideas de paz, de caridad, de concordia entre todos los hombres, hasta que un día las canas cubrieran su cabeza, y otro la tierra cubiera su cuerpo, dejando tras sí un buen recuerdo en todos los corazones y alguien que fuera á verter una lágrima sobre la pobre sepultura del cura ignorado de la aldea.

Así pensaba, cuando de pronto un rumor extraño, salido de debajo de su ventana, vino á sacarle bruscamente de su meditación. Absorto en ella, no había reparado en que un grupo de gente se había colocado en la plazoleta, y cuando bajó los ojos sólo le fué permitido, á causa de la obscuridad de la noche, distinguir los bultos informes de muchos hombres y mujeres.

Un instante después la brisa llevó á sus oídos el vibrante sonido de varias guitarras, tocadas por hábiles punteadores.

Era que los mozos y mozas del pueblo le daban una serenata.

De vez en cuando, y uniéndose al sonido de las guitarras la voz ronca y áspera de algún pescador, entonaba una copla. Aquellas voces eran rudas y broncas, como acostumbradas á dominar el ruido de las tempestades que agitan la inmensa extensión del Océano.

Después se elevó una voz pura de mujer, fresca, armoniosa, cargada de ese arrullo del mar en calma que se parece al arrullo de las madres, entonando esta copla:

¡Quién había de decir  
Que principios tan alegres  
Tendrían tan triste fin!

El sacerdote sintió que aquella voz vibraba hasta el fondo de su alma, y toda su sangre afluyó al corazón, deteniendo un momento su curso.

El canto se perdió en el aire como un ave en el espacio, y un palmeteo de aprobación se oyó debajo de la ventana.

—Bien. Bien por Magdalena, prorrumpieron una multitud de labios.

—Venga otra, dijeron otros.

La ovación había producido un efecto contrario, y por lo que pudo comprender D. Luis, Magdalena, avergonzada, se negaba á seguir cantando.

—Gracias, amigos míos, dijo el sacerdote desde la ventana aprovechando aquellos momentos de pausa para distraer la atención del grupo y evitar que Magdalena volviese á cantar, como si conociese instintivamente que había para él un peligro en sus canciones.

Logró su objeto, porque los marineros y las mujeres se agruparon al grito de «¡Viva el señor cura!» agitando por encima de sus cabezas pañuelos y sombreros.

Después continuó la serenata y se oyeron varias voces, pero ya no volvió á escucharse la de Magdalena.

Cuando la plaza quedó solitaria, el cura permaneció en su ventana absorto y meditabundo, hasta que vino á sacarle de su reflexión el sonido del reloj de la iglesia, que dió lentamente las doce. Entonces cerró la ventana, y después de arrodillarse algunos instantes delante de un Cristo colocado en una de las paredes de la habitación, se acostó.

Pasado algún tiempo, un observador colocado junto á su lecho hubiera visto, en ese momento que precede al sueño, cuando el alma falta de voluntad expresa su pensamiento, hubiera visto, decimos, que los labios del sacerdote se agitaban, y si hubiese puesto atención, hubiera oído estas palabras pronunciadas lentamente, con la falta de entonación de los niños que empiezan á hablar:

¡Quién había de decir  
Que principios tan .. alegres...

El sueño no le dejó acabar el pensamiento.

### III

Tres meses hacía que D. Luis Arnedo era párroco de M\*\*\*.

Tal había sido su comportamiento, de tal modo había demostrado los tiernos sentimientos de su corazón, que los habitantes del pueblo le adoraban. Jóvenes, niños, hombres y mujeres le querían, y á los viejos les gustaba hablar con aquel hombre tan afable, tan digno, sencillo, humano, bueno, grave á pesar de su juventud.

Las muchachas del pueblo decían de él:

—Es bueno, pero triste; sin embargo, la tarde que vino sonreía y parecía alegre. La boca ríe algunas veces, pero en cambio los ojos siempre parece que van á llorar.

Así era verdad. El sacerdote tenía treinta años, y sólo la meditación, el estudio, el amor á la humanidad, tranquilo y grande, como lo sienten las almas inteligentes, que había tomado después de la muerte de su madre, á quien había querido con delirio, el carácter de un culto, habían ocupado por completo su cabeza y su corazón. Deseoso de cumplir la misión que le había traído al pueblo y de dedicarse á ella por completo, comprendiendo cuánto bien cabe hacer en los que ejercen su ministerio cuando están animados por puras y sanas intenciones, conmovido por la acogida que el pueblo le había dispensado, había hecho firme propósito de ser para los hijos de las olas guía, maestro, amigo y compañero. La moral cristiana, tal como Jesús la predicara un día por las tierras de Palestina, formaba su convencimiento, y el sublime sermón de la montaña estaba todo entero en su corazón.

Pero el mismo día que vió abrirse ante sus ojos un porvenir de alegría, la voz de una niña vino á advertirle que en aquel porvenir de luz había sombras misteriosas en que jamás había pensado. La voz de aquella niña vibraba continuamente en su oído, y sin saber explicarse por qué, evitó conocer á la que sus compañeros habían llamado Magdalena. Pero esto era imposible en un pueblo de corto vecindario, y el destino quiso que á los ocho días de su llegada al pueblo, un marinero cayese al trepar por unas rocas y recibiese en la cabeza un fuerte golpe, que hizo temer por su vida.

El sacerdote acudió á la cabecera del enfermo, sin saber más sino que era un hermano que necesitaba sus socorros. Cuando, atravesando por un grupo de gente que comentaba la desgracia, entró en la casa y en el cuarto del herido, estaba éste tendido en una cama, sin sentido, postrado, con la cabeza envuelta en paños ensangrentados, y á su lado el médico del pueblo le tomaba el pulso, mientras dos mujeres le miraban con ansiedad. Aquellas mujeres eran la esposa y la hija de Marcelo, el infeliz que estaba en el lecho.

A pesar de lo triste é imponente de aquella escena, cuando el sacerdote fijó su vista en la joven sintió un movimiento de alegría, porque ni por un momento dudó que era Magdalena.

El médico soltó la mano del enfermo, después de dejarla posar blandamente en la cubierta de la cama, y las dos mujeres le preguntaron anhelosamente:

—¿Qué hay?

—No puedo decir nada, contestó el médico; pero su estado es gravísimo.

—¿Vivirá?, dijo Magdalena con la voz ahogada por el llanto, tan débilmente que apenas se oyó.

—No puedo decir nada, repitió el médico moviendo tristemente la cabeza; sin embargo, no desespere..., veremos.

La joven se cubrió el rostro con las manos, y el

sacerdote vió las lágrimas correr por entre sus delgados dedos.

Desde aquel momento no se separó D. Luis de la cabecera del enfermo, y allí pasó las noches de los cinco primeros días en que Marcelo estuvo luchando con la muerte. Por fin, en la mañana del sexto el médico anunció que respondía de la vida del paciente.

Todo aquel tiempo, y el que invirtió el marino en su curación, vió á su lado como un ser de bendición al sacerdote, que cumplía sus deberes con una caridad que parecía aprendida en la epístola de San Pablo á los corintios.

Mas cuando la herida del padre de Magdalena se cicatrizó, otra herida de imposible curación quedaba abierta en el corazón del mísero sacerdote.

Las noches pasadas junto al lecho de Marcelo, sentado en humilde silla al lado de la anciana esposa y de la desolada hija, habían sido noches de sufrimiento inenarrable para aquel hombre de treinta años, agitado en lo más hondo del corazón por sentimientos para él desconocidos.

Magdalena era alta, blanca, y parecía que la noche había fijado toda su densa sombra en sus magníficos ojos.

Su bello cuerpo acusaba á través de los toscos vestidos la perfección de formas de la estatuaria griega. Y á través de aquel cuerpo se transparentaba el alma como una luz que arde dentro de una urna de cristal.

Tenía diez y siete años, y parecía que aquellos años sólo habían acumulado sobre ella sus diez y siete primaveras.

El sacerdote la amaba.

Como un guerrero que defiende una puerta de contrarios numerosos, luchaba con el amor que le roía las entrañas para mantenerlo oculto, sosteniendo un combate rudo, misterioso, sombrío. Hay aplausos, lauros, coronas, todo ese humo que se llama gloria, para los que batallan á la luz del sol con los hombres por la patria, el progreso y á veces por mezquinas y malditas ambiciones; pero nadie repara en los silenciosos atletas que luchan contra el destino en el fondo ignorado de la conciencia. D. Luis de Arnedo vivía no dejando escapar una chispa del fuego que le consumía; pero al conseguirlo, sintió que la sombra se extendía sobre su alma.

Creyó entonces que había apurado todo el dolor que era capaz de contener su corazón; pero así como el cielo ha revelado al hombre en la sucesión de los tiempos miriadas de mundos detrás de los que antes había visto en el estrellado firmamento, la suerte amontona pesares y pesares sobre aquel que agita y destroza con la indiferencia de un niño que estropea un juguete. El amante de Magdalena pensó que sólo tendría que sofocar el amor á una persona, y una tarde, cuando ya Marcelo convalecía y estaba próximo á abandonar el lecho, conoció que tendría que dominar también un sentimiento de odio á otra persona.

Era ésta un mozo de veinte años, gallardo, despierto, vivo, con quien oyó á Magdalena hablar un momento por la ventana.

Los dos jóvenes se amaban.

Cuando ella despidió á Sebastián, que así se llamaba su novio, vió el sacerdote que el rostro de la joven radiaba de alegría por haberle visto después del tiempo que la enfermedad de su padre la había mantenido alejada de él, y estaba animada y fresca como una rosa que recibe el rocío de la mañana.

La alegría de Magdalena le hizo estremecer, y se doblegó como un arbolillo agitado por el viento de la tempestad.

Cuando Marcelo estuvo ya en disposición de volver á sus antiguas tareas, D. Luis dejó de visitar su casa, después de oír las sencillas palabras de agradecimiento de la honrada familia. Se había dejado allí su felicidad.

En adelante se le vió siempre amable y dulce, pero melancólico como la postrer hora de la tarde, vagar por el pueblo, y los pescadores le veían también con frecuencia desde sus barcas sentado en alguna roca, con la inmovilidad de una estatua de ébano.

Desde allí veía él muchas veces á Sebastián, y con vigor trataba de dominar el odio que se levantaba en su corazón, como el bote del pescador sobre la superficie del Océano. Su mirada se abismaba con una vaguedad de loco en aquel mar menos amargo que su desgracia.

Una tarde, Sebastián, en lugar de volver con sus compañeros á la playa, cuando aquéllos se retiraron puso la proa hacia el sitio en que estaba D. Luis. Éste le vió acercarse remando con esfuerzo poderoso, y á poco desaparecer debajo de unas rocas colocadas como sirviendo de pedestal á aquella en que él esta-

ba. Algunos instantes después oyó un ruido de pasos, y Sebastián se presentó bruscamente, apareciendo por detrás de una roca, delante de él.

IV

El sacerdote le miró, y quizá por vez primera dejó de sonreír como siempre que encontraba a algún vecino del pueblo. Sebastián se quitó el sombrero, y comenzó a darle vueltas entre sus manos, permaneciendo en una actitud de hombre que desea decir alguna cosa. Pero como el cura no le animaba, el muchacho seguía inmóvil sin atreverse a hablar, sufriendo la escudriñadora mirada de su compañero de soledad.

Sebastián era alto, moreno, vigoroso y de bien proporcionadas facciones. El sacerdote veía con cierto sentimiento que era una arrogante y hermosa figura.

El silencio se hacía insostenible y enojoso, y ya iba D. Luis a romperlo para preguntar a Sebastián que qué quería, cuando éste comenzó a hablar con voz rápida, como quien dice cosas que ha tenido ocultas durante largo tiempo y que cree llegada ocasión de revelar.

—Señor cura, hay dos personas que necesitan de usted. Yo..., la verdad, le voy a decir para qué he venido a verle. Magdalena, la hija del Sr. Marcelo, y yo nos queremos... Qué, ¿le extraña a usted, don Luis?.. Pues hace ya bastantes años..., como que entonces éramos dos niños. Ella estaba tan guapa; ya la conoce usted y sabe que aquella cara no ha podido ser fea nunca, y yo..., ya se ve, la quería, y un día..., no, una tarde, se lo dije y ella volvió la cara a otro lado para que yo no la viera, y me contestó que también me quería. Desde entonces..., qué sé yo, parece que aunque esté solo hay siempre alguien a mi lado, y me gusta más el pueblo, y el mar, y todo lo del mundo. Luego, como soy huérfano, no he podido contar nada de esto a mi pobrecita madre, que murió cuando yo tenía siete años, y no he podido decirle que cada día quiero más a mi Magdalena. ¿A qué viene todo esto?, dirá usted: pues ahora lo va usted a saber. He ido a ver al Sr. Marcelo y le he dicho que me quería casar con Magdalena, y ¿sabe usted lo que ha hecho, después de haberme tratado siempre como un hijo? Pues lo que ha hecho ha sido decirme que no quería de ningún modo, y cuando la pobre chica se echó a llorar, que era cosa de conmovér a un tiburón, el Sr. Marcelo se enfadó mucho y me dijo que no volviera a poner los pies en su casa. No sé cómo ha sido esto, porque él siempre me ha querido y sabe que soy trabajador y entiendo las cosas de pesca como el primero. Por fin salí de aquella casa, y ando siempre a escondidas para ver a Magdalena. Ayer por la noche pude hablarla un ratito por la reja. ¿Sabe usted lo que me dijo? Que ella, lo mismo que su padre y su madre, querían a usted mucho, y que si le contaba a usted lo que nos pasaba, usted que es tan bueno y a quien no sabe negar nada su padre, conseguiría que nos casáramos. Me dijo también que si usted no lo hacía no lo conseguiría nadie, porque su padre, sin querer decir por qué, se niega hasta a que se hable de mí en la casa. Ya sabe usted lo que sucede. Yo también se lo pido, y mire usted que creo que a ella y a mí nos va en ello la vida... ¿Irá usted a decir al Sr. Marcelo que nos deje casar?

Sebastián quedó mirando al cura con los ojos muy abiertos, esperando la contestación con un anhelo parecido al que algunos meses antes había tenido Magdalena al preguntar al médico por la salud de Marcelo.

D. Luis había oído la tosca relación con asombro que se había ido convirtiendo en terror. Se levantó pálido y sonrió a Sebastián con una amargura infinita que el joven no pudo apreciar. La mano derecha del sacerdote estaba apoyada en la roca y oculta por el cuerpo a la vista de Sebastián, que no pudo observar que aquella mano se crispaba y parecía querer hundir los enclavijados dedos en el duro granito.

Agarrándose a éste con fuerza, dijo el sacerdote a Sebastián:

—¿La quieres mucho?

—Señor, contestó el muchacho sin vacilar, señalando una colina próxima compuesta de rocas amontonadas, grandes, informes, sembradas de agudos picos, hace dos años que pasando por allí Jaime, el hijo mayor de mi tío Nicolás, se le escurrió un pie y cayó como hace tres meses el padre de Magdalena. Sólo que el sitio donde el Sr. Marcelo cayó es blan-

do como la arena de la playa comparado con éste. Yo iba cerca y vi caer el cuerpo chocando y crujiendo. Nunca he temblado hasta entonces: di voces, vinieron corriendo los amigos, que también le habían visto caer, y bajamos a recoger su cuerpo. Cuando llegamos al sitio donde estaba, sólo por el traje y por lo que habíamos visto se conocía a Jaime. Desde entonces nadie se aventura por estos sitios.

Guardó un segundo silencio y continuó con la mirada inflamada:

—Si Magdalena me dijera que me arrojase, un momento después estaría mi cuerpo en el sitio en que cayó el de Jaime.

D. Luis reconoció el acento de la verdad, y bajo..., muy bajo, para que no se conociera su emoción, dijo tendiendo la mano a Sebastián:

—Ahora mismo voy a casa de Marcelo, y Dios haga que le pueda convencer.

El muchacho besó la mano del sacerdote antes que éste pudiera evitarlo; pero le pareció que aquella mano quemaba, y el pensamiento de que el cura estaba enfermo cruzó por su imaginación; mas con todo el egoísmo que era capaz de inspirarle su amor a Magdalena, no dijo nada, deseoso de conocer la respuesta de Marcelo.

—Ves luego a casa a verme, dijo D. Luis alejándose.

Sebastián, satisfecho con el buen resultado de su expedición, no pudo observar el aspecto del sacerdote, que se alejaba lentamente. El dolor se hubiera inclinado a su paso.

El marinero, después que le hubo perdido de vista, descendió saltando con la agilidad de un gamo hasta el sitio en que había dejado su barca, saltó dentro, la apartó del pequeño ancón en donde se encontraba, y remando con vigor la sacó al mar, dirigiéndose luego a la playa, donde llegó media hora después.

La luna había salido ya, y el joven se dirigió a la plazoleta donde estaba la iglesia y la casa del cura. No vio luz en las habitaciones de éste, y esperó impaciente y desasosegado. Una hora después, y cuando la impaciencia había llegado a su punto máximo, le vio venir con la cabeza inclinada sobre el pecho, y esta actitud le fué de tan mal agüero, que no se atrevió a avanzar hacia él. D. Luis siguió adelantando, y Sebastián aquella vez, cuando le tuvo cerca, se estremeció al ver la palidez de su rostro, que hacía aún más intensa la claridad de la luna.

El sacerdote caminaba como un sonámbulo, y tan abstraído, que chocó con el pescador. Al golpe salió de su estupor, y antes de que el joven le interrogara le dijo:

—He convencido a Marcelo y os casaréis a principios de diciembre. Cuando quieras puedes ver a Magdalena, porque su padre no tiene ningún inconveniente, y las puertas de su casa están abiertas para ti.

Sebastián no contestó ni una palabra. Se quedó un momento como aturcido, y luego, de pronto, sin pararse a dar las gracias a su bienhechor, loco de alegría, embriagado de felicidad, se dió a correr en dirección al pueblo, con toda la agilidad de sus veinte años.

D. Luis quedó en medio de la plazoleta, lanzó una mirada que encerraba un mundo de sentimientos al joven que se alejaba.

Cuando Sebastián llegó a casa de Marcelo, Magdalena le esperaba y la felicidad reinó en la sencilla casa del viejo pescador. Entonces le contaron que el temor de Marcelo era que Sebastián cayese soldado, puesto que entraba en el próximo sorteo; pero que el señor cura le había prometido redimirle si era necesario, y además le había decidido a que hiciese la dicha de su hija. Los dos amantes recordaron con agradecimiento el nombre del sacerdote, pero un momento después lo olvidaron; ya no existían para cosa que no fuese su amor. A las once se separaron llenos de júbilo, y Sebastián se dirigió cantando a su casa.

A aquella misma hora, el sacristán, que había ido por la tarde a visitar a un amigo que le había entretenido largo tiempo en su casa, encontró en medio de la plazoleta de la iglesia al sacerdote. Se acercó a él, y como no le contestase le tocó las manos, que ardían, y le sacó de su abstracción. D. Luis no sabía que habían transcurrido tres horas desde que Sebastián se había marchado, porque el tiempo había dejado de existir para él.

Dió las gracias al sacristán, y apoyado en éste, porque sus piernas se negaban a sostenerle, llegó hasta su casa, subió la escalera y se acostó. El sacristán llamó en seguida al médico; y cuando vino

éste, dijo que el relente de la noche era el causante de aquella enfermedad.

El enfermo sonrió, con una sonrisa preñada de lágrimas.

V

En los pueblos de corto vecindario, todos los individuos constituyen una sola familia. Puede haber en algunos rivalidades, cuando hay diferencias notables de fortuna que den lugar a la envidia; pero cuando, como en M\*\*\*, existe verdadera igualdad, los lazos que se crean entre los vecinos son, por la semejanza de ocupaciones y sentimientos, lazos de amor y de fraternidad.

Por eso una boda ó un bautizo es en M\*\*\* una verdadera fiesta de familia y un día de alegría para el lugar.

El día ocho de diciembre del año de nuestra historia, por la mañana, la iglesia resplandecía de luces, y todos los habitantes de la aldea estaban allí rientes, felices, contemplando a Sebastián y Magdalena.

—¡Qué hermosa pareja!

—¡Dios los bendiga!

Éstas eran las exclamaciones que se oían entre aquella sencilla gente.

Luego el cura salió de la sacristía, revestido con los hábitos sagrados, y todos los labios cesaron de murmurar.

La ceremonia empezaba.

Desde la enfermedad que había sufrido el sacerdote, no habían vuelto a colorearse sus mejillas, y una palidez marmórea se extendía por aquel rostro marcado por arrugas prematuras. Algunas canas asomaban por entre sus negros cabellos, y el sufrimiento había rodeado de una aureola la despejada frente, urna del pensamiento.

El momento en que un hombre y una mujer juran consagrarse su existencia al pie de los altares, delante de los hombres y de Dios, es sublime.

El sacerdote encargado de unir aquellas dos voluntades, mártir de su conciencia, se creía más digno cada vez de sellar aquel pacto indisoluble, que le condenaba a un pesar sin término: se sentía más sacerdote.

Estaba tranquilo, grande, majestuoso, augusto.

Cuando preguntó a los novios si se querían por esposos, entró en sus oídos el «Sí quiero» pronunciado con amor por Sebastián y Magdalena, lo mismo que los cuchillos de los romanos penetraban en el pecho de los primeros mártires del cristianismo.

Los dos jóvenes eran esposos.

Luego, por la tarde, hubo baile en la plaza y se cantó hasta enronquecer y se bailó hasta rendirse..., y D. Luis, sentado al lado de los padres de la novia, veía toda aquella felicidad que él había formado.

Entonces dijo a Marcelo que había decidido, durante su enfermedad, ir de misionero a América y que hacía dos días que había recibido la orden de marchar. Por lo tanto, era aquel el último día que pasaba en el pueblo y al siguiente tenía que ausentarse para siempre. Dijo que quería caminar desde el amanecer y que aquella noche le entregaría la cantidad que había de servir para el rescate de Sebastián, si caía soldado.

La noticia se esparció muy pronto, y todos rodearon con amor al sacerdote y le rogaron conmovidos que no les abandonase; pero él, triste..., muy triste, les respondía que era imposible.

Por la noche hubo también hasta muy tarde baile en casa de Marcelo, y luego, allí mismo, se despidió de todos, pues repitió que quería marchar antes del amanecer sin que nadie absolutamente le acompañase.

Los convidados se alejaron, sonriendo, dejando solos a los novios.

Un cuarto de hora después, D. Luis, solo en su cuarto, mudo, ahogado por el dolor, sin curarse del frío que penetraba por la abierta ventana, lanzaba una mirada profunda al sangriento costado de la imagen mártir del Gólgota.

Los ojos estaban secos.

De pronto, el aire helado de aquella noche de diciembre le llevó esta canción de algún pescador que se retiraba a su hogar:

De pena me estoy muriendo,  
Al ver que en el mundo vives  
Y ya para mí te has muerto.

El sacerdote se estremeció: un sollozo hinchó su pecho, las lágrimas acudieron a sus ojos... y aquel hombre cayó postrado delante del Cristo, murmurando:

—¡Gracias..., gracias, Dios mío!

## EL BASE-BALL, DEPORTE NACIONAL NORTEAMERICANO



El batidor.— El puesto de batidor es uno de los más difíciles de sostener en el Base Ball

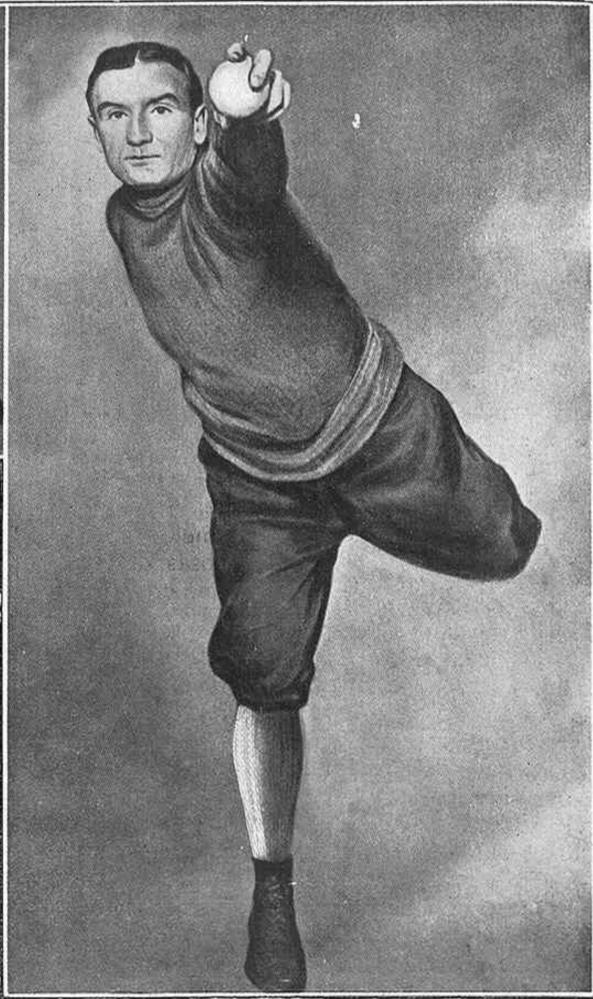


Un momento crítico.— Los tantos se marcan por el batidor, quien, después de haber devuelto la pelota, corre para tocar el mayor número posible de bases; si en el camino le toca la pelota del *catcher*, queda fuera del juego. Esto es lo que sucede á este batidor en el momento en que llega á la meta.

*batters*, uno de los cuales, por ejemplo, es conocido con el nombre de *The eleven thousand dollars beauty* (La bella de los 11.000 dólares), porque esta cantidad hubo que pagarle para que consintiese en jugar en un club y en aceptar los emolumentos regios que se le ofrecían. Bien es verdad que para pagar de este modo á sus atletas los clubs norteamericanos disponen de recursos enormes; el presupuesto anual de los «Gigantes» se acerca á 500.000 dólares, es decir, á 2.500.000 pesetas.

Muchos jugadores de *Base Ball* han llegado á ocupar elevadas posiciones; citaremos, entre otros, al actual presidente Taft y al ex presidente Roosevelt.

Los grandes hombres de ley también cuentan en sus filas con antiguas glorias del *Base Ball*, como Juan Montgomery Ward, David Fultz y Hugo Jewings; este último continúa jugando y es en la actualidad el director del equipo campeón norteamericano del «Estrecho».—J. K.



El lanzador.— El lanzamiento de la pelota es muy difícil y los profesionales hacen describir á ésta trayectos complicados

## EL BASE-BALL

El *Base Ball* es el deporte norteamericano por excelencia, y los yanquis gastan en él solo más dinero que en todos los otros juegos atléticos juntos. Es, por otra parte, el juego que acaso apasiona más, y se cuentan por millares los jóvenes que practicándolo ganan grandes sueldos. El *Base Ball* atrae durante ocho meses del año la atención de todos los norteamericanos, quienes dedican los cuatro restantes á recordar las hazañas realizadas y á hacer pronósticos para la temporada siguiente. El perfecto jugador de *Base Ball* es también un perfecto atleta, pues en ese juego admirable trabajan todos los músculos del cuerpo humano sin excepción.

En la primavera, los equipos de los grandes clubs de *Base Ball* abandonan las frías regiones de la América del Norte para ir á pasar seis semanas en los climas más cálidos de los Estados del Sur; allí, bajo un cielo enteramente azul, se entrenan y preparan para las futuras luchas.

Casi todos los Estados tienen una federación de clubs de *Base Ball*, conocidos con el nombre de *minor league*, y en los cuales los jugadores terminan su aprendizaje y se entrenan con ardor para intentar su ingreso entre los jugadores de una *mayor league*, lo que constituye su más grande ambición. Esas *mayor leagues* están formadas por las asociaciones americanas del Oeste y del Este, y son las que dirigen y regulan todo lo que se relaciona con aquel deporte y contratan á los jugadores jóvenes que les han sido indicados como aptos para el juego.

Hubo un tiempo en que sólo una cierta clase de jóvenes americanos se esforzaban por llegar á ser «estrellas» del *Base Ball*; pero hoy no es así, sino que al salir del colegio los muchachos prefieren á todo otro empleo brillar, si es posible, en el juego nacional y llevar una existencia libre é higiénica. Esto aparte de que es un oficio en el que se pueden ganar emolumentos en modo alguno despreciables. Así el célebre *pitcher* del club de los «Gigantes», Mathewson, percibe 50.000 pesetas por temporada, y las sociedades se disputan á fuerza de dólares los mejores *pitchers* ó

## EL AVIADOR ANTONIO FERNÁNDEZ

El martirologio de la aviación se ha aumentado recientemente con una nueva víctima, Antonio Fernández, muerto el día 6 de los corrientes en Niza, á consecuencia de un accidente desgraciado que le ocurrió mientras ensayaba un aeroplano de su invención.

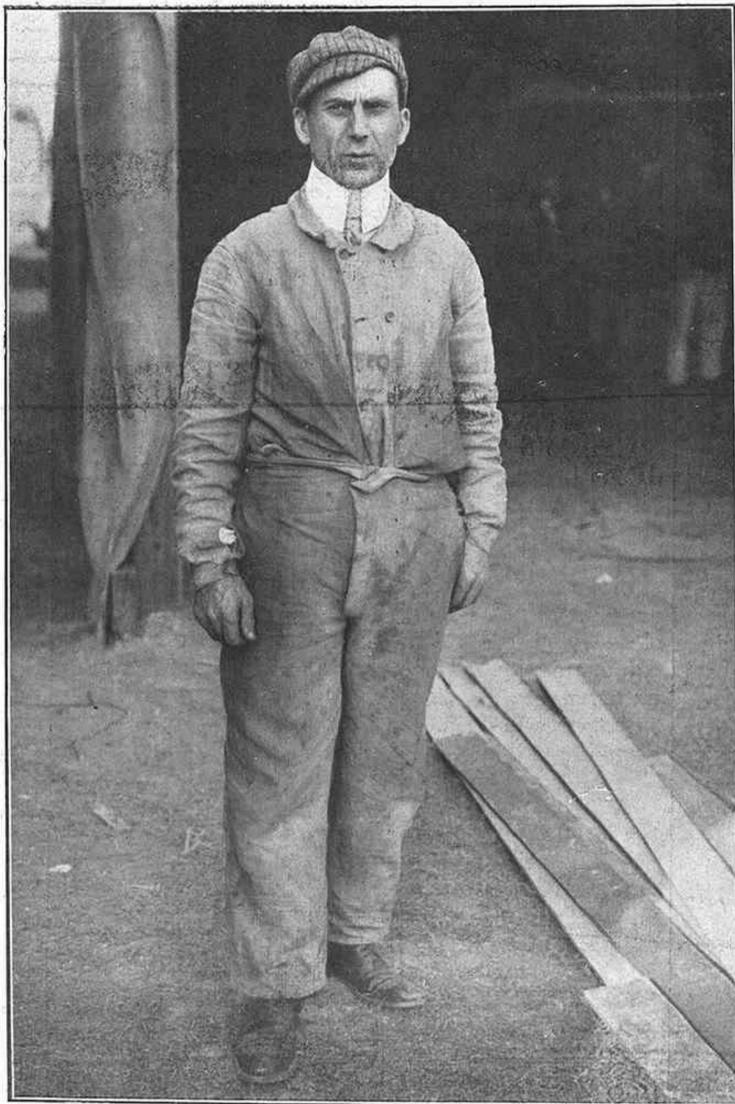
Su aparato, un biplano sin cola, había estado expuesto en el último Salón de la Aviación de París, y en él había su autor tomado parte en los concursos de Reims, Berlín y Blackpool, aunque sin haber podido volar nunca.

Ultimamente había Fernández trasladado y montado su aparato en el aeródromo que se ha construído en Niza para la semana de aviación que ha de celebrarse en el próximo mes de abril, y el día 4 efectuó allí un vuelo de ensayo ante escaso número de espectadores, pero una fuerte corriente le obligó á descender en seguida.

Al día siguiente no salió á efectuar pruebas, y al otro, en las primeras horas de la mañana y en presencia sólo de su mecánico, reanudó los ensayos, y después de haber corrido en tierra unos cien metros, elevóse en el aire á una altura de treinta metros y á una velocidad bastante regular. Al poco rato el aparato viró como para descender, y de repente dió una vuelta y cayó con rapidez vertiginosa. El infeliz aviador quedó debajo del motor, que pesaba 60 kilogramos y que le aplastó el pecho y le rompió el brazo y la pierna derechos; la muerte debió ser instantánea. El mecánico, único testigo del trágico suceso, y algunas personas que allí acudieron al darse cuenta de la desgracia, transportaron el cuerpo del desdichado Fernández al hospital de Antibes.

El entierro se efectuó el día 8, fué costeado por el municipio y á él asistieron el prefecto, el ayuntamiento, el general Ducray, los presidentes y comisiones de todas las sociedades deportivas y un numeroso público.

El accidente se atribuye al mal estado del cordel que regía los timones; supónese que al tirar de él violentamente Fernández con objeto de tomar tierra, se rompió, y el aeroplano, sin gobierno, cayó precipitada-



El aviador español Antonio Fernández, fallecido en Niza el día 6 de los corrientes á consecuencia de un accidente desgraciado durante los ensayos de su aeroplano. (De fotografía de M. Rol.)

mente al suelo. Es unánime la creencia de que si el aviador hubiese realizado sus pruebas delante de personas expertas, los consejos de éstas habrían podido evitar la catástrofe llamándole la atención sobre la deficiencia de algunas piezas de su aparato y haciéndole ver la necesidad de corregirlas antes de lanzarse á ensayos peligrosos.

Antonio Fernández era español y hacia veinte años que se hallaba establecido en Niza, en donde había ejercido la profesión de sastre de señoras.

PARÍS

UN MONUMENTO Á SANTOS DUMONT

A Santos Dumont le cabe la gloria de haber sido el primero en elevarse en el espacio montando un aparato más pesado que el aire. «La fecha del 23 de los corrientes—decíamos en el número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA del día 29 de octubre de 1906—será memorable en los fastos de la historia de los esfuerzos para la conquista del aire. Por primera vez un hombre ha volado por sus propios medios; el atrevido aeronauta brasileño Santos Dumont, superando todos los experimentos efectuados hasta ahora, ha partido del suelo, ha creado su velocidad y se ha elevado en los aires llevando consigo el aparato volador. De modo que ha volado en toda la extensión de esta palabra, y ha volado recorriendo un espacio de sesenta metros.»

Pocos días después, el 12 de noviembre, Santos Dumont repetía, con mayor éxito aún que la primera vez, su atrevido experimento.

Desde entonces hasta ahora, ¡cuántos progresos ha realizado la navegación aérea! ¡Cuánta distancia entre aquel modesto vuelo de unos pocos metros, ejecutado á una altura de tres sobre el suelo, y los de Bleriot, Paulhan, Latham, Farman, el mismo Santos Dumont y tantos otros, que recorren kilómetros y más kilómetros á velocidades extraordinarias



París.— Monumento que proyecta erigir el Aero Club para conmemorar los primeros vuelos efectuados por Santos Dumont en 23 de octubre y 12 de noviembre de 1906. Obra de Jorge Colín. (De fotografía de World's Graphic Press.)

y á alturas vertiginosas! ¡Qué diferencia entre aquellos tiempos en que se concedía la copa Archdeacón al que en aeroplano recorriera un espacio de 25 metros y se consideraba como empeño poco menos que ilusorio ganar el premio DeutschArchdeacón para quien salvara de un vuelo y con una virada la distancia de mil metros, y los tiempos actuales, en que son varios los aviadores que se disponen á disputarse los premios Deutsch de la Meurthe y

Michelin para recorridos de centenares de kilómetros.

Y sin embargo, bien podemos exclamar con el fabulista: «¡Gracias al que nos trajo las gallinas!»

Por esto entendemos que ha realizado un acto digno de los mayores elogios el Aero Club de Francia proyectando la erección de un monumento destinado á conmemorar aquellos dos vuelos históricos de Santos Dumont, monumento que se levantará en Bagatelle, es decir, en el mismo sitio en que los vuelos se efectuaron.

El Ayuntamiento de París, á quien el proyecto ha sido sometido, lo ha aceptado en principio y con entusiasmo, si bien parece que halla algunos inconvenientes respecto del lugar señalado por el Aero Club.

De todos modos, en un sitio ó en otro, es indudable que el monumento se erigirá, y para este caso ya se ha adoptado el boceto que ha de servir para la obra definitiva.

Este boceto, original del joven escultor Jorge Colín, es el que reproduce el grabado adjunto y representa al personaje mitológico Dédalo sobre una roca en actitud de emprender el famoso vuelo merced al cual pudo escapar del laberinto de Creta y burlar la venganza del rey Minos. Es indudablemente una de las mejores obras de su autor y una de las que más llamaron la atención en el concurso para la Copa Michelin celebrado en París en 1908.

La estatua será de bronce y la altura total del monumento no bajará de cinco metros.—S.

# HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII, POR D. MODESTO LAFUENTE, CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS  
POR D. JUAN VALERA, CON LA COLABORACIÓN DE D. ANDRÉS BORRERO Y D. ANTONIO PIRALA

➤ Notable edición ilustrada con más de 6.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección numismática española.—Seis magníficos tomos en folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas.—Su precio 310 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales.—Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro, distribuida en 25 tomos lujosamente encuadernados, á 5 pesetas uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES.—BARCELONA

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

## ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE

Curadas por el más activo y económico, el único inalterable.—Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

**AVISO Á LAS SEÑORAS**

**EL APÍOL DE LOS SEÑORES JORET Y HONOLLE**

CURA  
**LOS DOLORS, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS**

F<sup>ca</sup> G. SEGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

EL INGENIOSO HIDALGO  
**DON QUIJOTE DE LA MANCHA**  
COMPUESTO POR  
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea é ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por don Ricardo Balaca y D. José Luis Pellicer.

Dos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado, 200 PESETAS ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales.

**VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA**

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagran, París, que envía gratis su curioso librito.

**REMEDIO DE ABISINIA**  
**EXIBARD**

SOBERANO CONTRA  
**CATARRO — ASMA — OPRESIÓN**  
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.  
Todas Farmacias.

**DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas**

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA.—Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada.—Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simón, editores.—Aragón, 255, BARCELONA

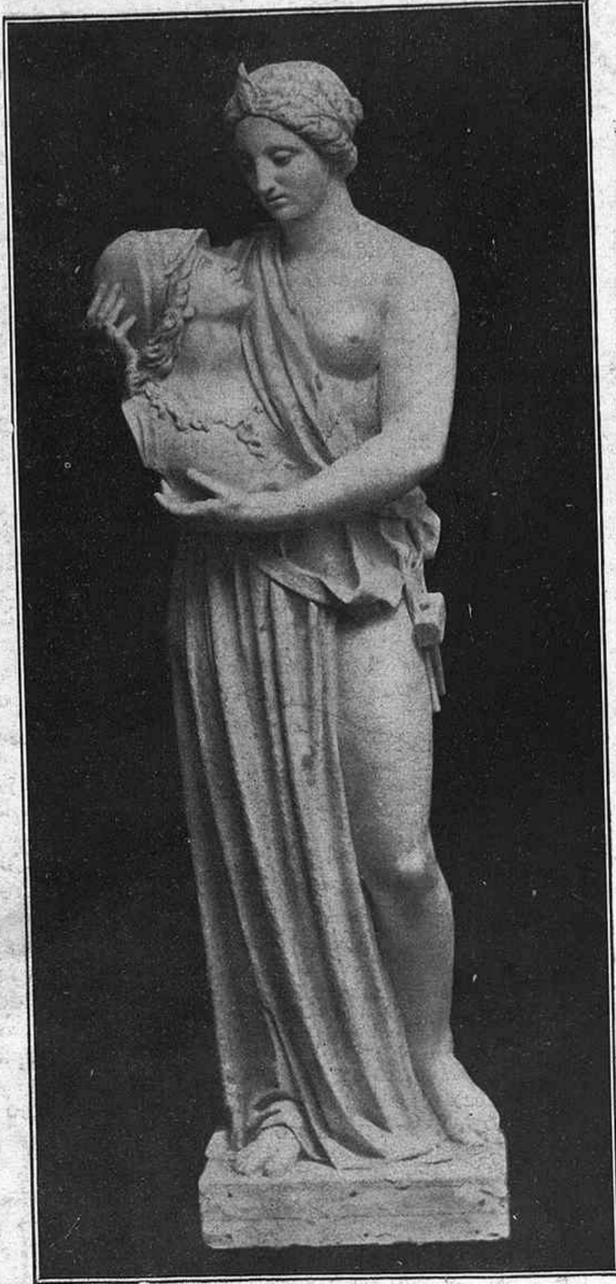
**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS.—PARIS, 31, Rue de Selne.

ESCULTURAS

PARA EL EDIFICIO DE MUSEOS DE ZARAGOZA  
MODELADAS POR CARLOS PALAO



La Escultura



La Pintura



La Arquitectura

**ROB**  
**BOYVEAU - LAFFECTEUR**

\* Célebre Depurativo Vegetal  
cura las  
**ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.  
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO  
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C<sup>ia</sup>, 102, R. Richelieu, Paris.  
Todas Farmacias.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
LOS VERDADEROS Y EFICACES  
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA  
COLORES PÁLIDOS  
EMPOBRECIMIENTO  
de la SANGRE  
Escrófulas, etc.

**PILULES**  
EXIGIR LA SIGNATURE  
**de BLANCARD**

APROBADAS  
por la  
Academia  
de MEDICINA.

al IODURO de HIERRO  
INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C<sup>ia</sup>, 40, R. Bonaparte, Paris.

INFLUENZA RACHITIS  
ANEMIA VINO GLOROSIS  
**AROUD**  
CARNE - QUINA - HIERRO  
El más poderoso Regenerador.

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**PATE EPILATOIRE DUSSEY**

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN